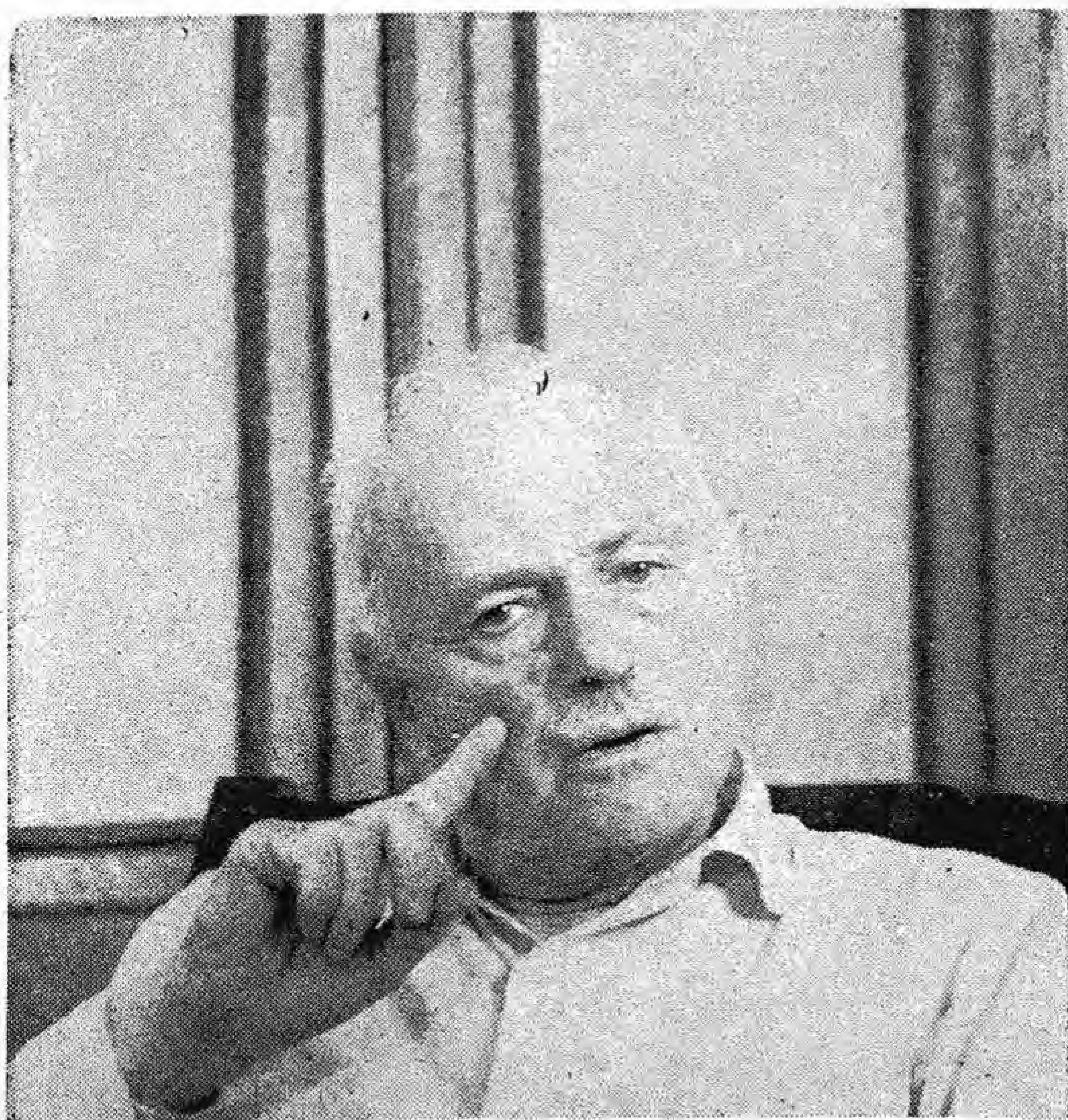
HABLA WALDO FRANK
por heberto padilla



RAHAB de waldo frank por alcides iznaga • POEMAS de pedro de oraá • EN CASA DE MARIANO por severo sarduy • CINEGETICAS por h. rodríguez tomeu • PASCUA DE SANGRE por r. gonzález de cascorro • LA TAZA DE CAFE por rolando ferrer • DIBUJOS de luis alonso •

LUNES DE REVOLUCION



OCTUBRE 12 DE 1959

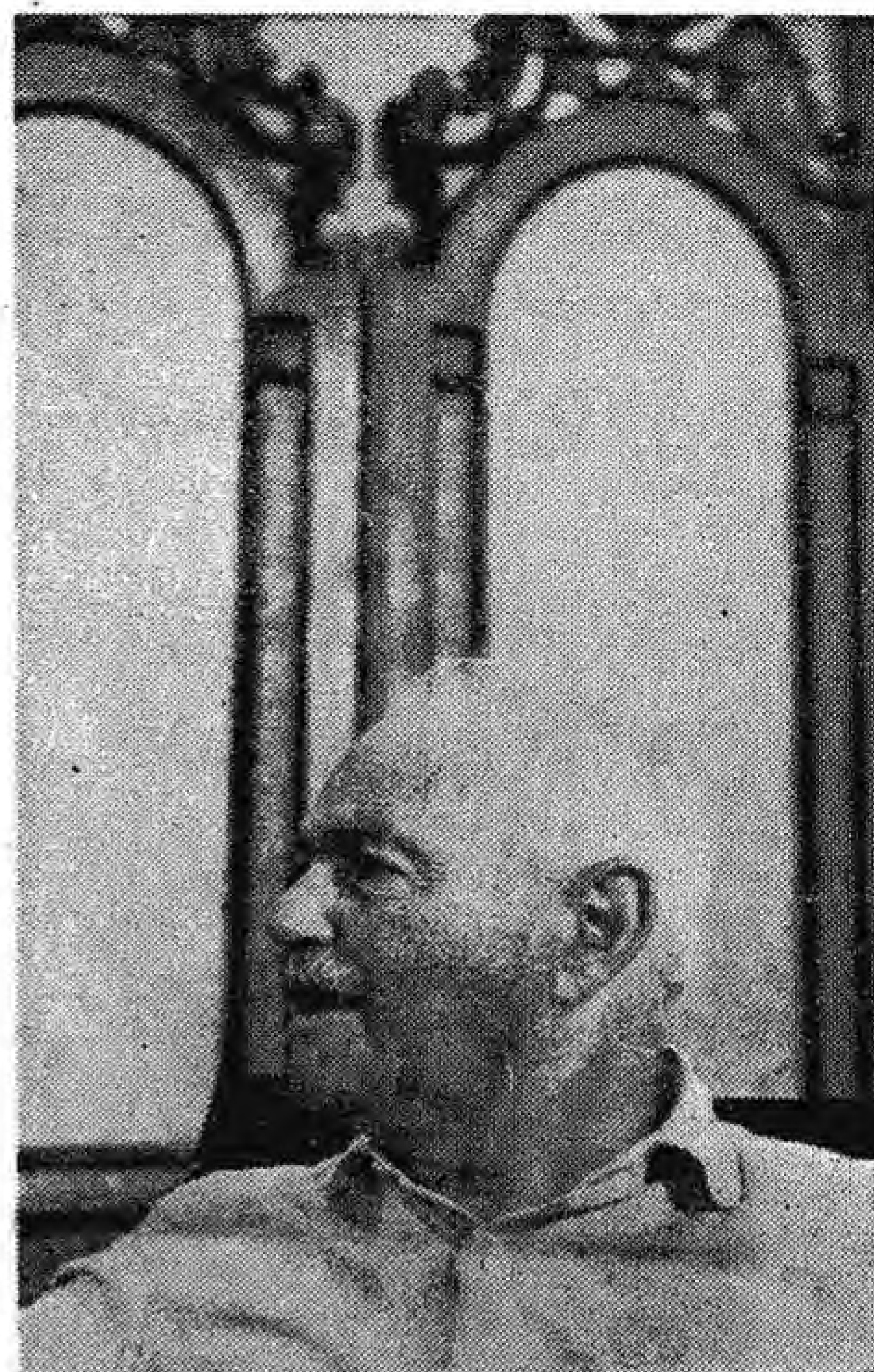
número

30

HABLA WALDO FRANK

R

por heberto padilla



Hace treinta años que el nombre de Waldo Frank es familiar a los hispanoamericanos. Desde que Unamuno le revelara al mundo español en un viejo ensayo sobre *Virgin Spain*, uno de los primeros libros de Frank, empezó a inquietar la perspicacia y penetración de este norteamericano que nos veía a fondo, que era capaz de revelarnos el mundo español en su dimensión más intrínseca, más grave. El interés de Frank por lo hispánico no se redujo, exclusivamente, a la península. Aquélla fue el punto de partida para la realización de sus obras definitivas sobre Hispanoamérica: *América Hispana, Redescubrimiento de América, Jornada Suramericana, Nacimiento de un mundo* (una biografía de Bolívar) *Primer Mensaje a la América Hispana, Ustedes y Nosotros*, y otros muchos artículos y ensayos. Escritos en *simpatía* sus libros intentaban traducir a la América del Norte los valores de nuestra América. El de Frank ha sido el único esfuerzo serio de acercamiento cultural entre los dos continentes, la única tentativa valedera realizada por un hombre profundo.

Este hombre, con muchos años ahora, se encuentra entre nosotros. Hay en él una especie de calma que se parece a la fatiga; pero su precisión y claridad no han menguado en lo más mínimo. Es la misma sensibilidad que creó los personajes extraordinarios de *Rahab, The Dark Mother, Summer Never Ends, Not Heaven* y tantas otras novelas, es la misma aguda percepción del ensayista de *Bridgehead: The Drama of Israel*, la misma fuerza que anda por las páginas de *Chart for Rough Water*, y un nuevo poder de síntesis, de análisis, de comprensión del mundo que supera sus libros anteriores y que se encuentra en esa metodología de la vida moderna que es *The Rediscovery of Man* —uno de los libros más serios, de pensamiento más riguroso que se ha publicado en Estados Unidos.

Cuando entramos en su habitación del Hotel, César Leante y yo, Waldo Frank nos acoge sonriente y afectuoso.

—He caminado mucho durante estos días —nos dice inmediatamente mientras nos ruega que tomemos asiento—. He visto cosas muy interesantes en La Habana y fuera de ella. Cuba es extraordinaria.

—Hemos visto en los periódicos que usted ha acompañado a Fidel Castro en muchos recorridos.

—En muchos, ciertamente. He podido ver de cerca la población cubana; he oído hablar al pueblo. Pero no sigamos por este camino o esta entrevista no tomará un sesgo muy literario. La política está siempre en el camino. Y en Cuba es algo esencial en la hora presente. Creo que Castro es un hombre genial.

Y, ¿hablamos de literatura?

Le preguntamos que cuál fué su primer contacto con la América Hispana.

—Por el veintinueve —nos dice— En esto de las fechas no soy muy exacto; pero me atrevería a asegurar que fue en esa fecha. Mientras vivía en París conocí a muchos españoles e hispanoamericanos y hablaba con ellos en francés y yo sentía que algo había en nosotros que no podía discernir claramente, pero que me parecía una verdadera identificación temperamental. Sobre todo con los hispanoamericanos: entre ellos y yo veía establecerse un vínculo peculiar de americanos. Por eso, cuando fui a España, cuando al fin logré ver de cerca el mundo español, experimenté lo que en lengua inglesa llamamos "love affaire". Y fué como un relámpago. Desde entonces amo a España y a ella he consagrado muchos libros que pretendieron revelar a mi país los valores permanentes de lo hispánico. He leído meticulosamente —porque soy muy ordenado— toda la literatura española. Es extraordinaria.

Leante interviene para decirle que si en este amor no existirá algún vínculo sanguíneo, alguna suerte de relación familiar con lo español. Frank niega sonriente.

—Aunque es posible —dice— sé que mi madre desciende de judíos sefarditas que pasaron a Holanda y más tarde a Estados Unidos; pero mis relaciones sensibles —familia y patria— siempre se vincularon a Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. Nuestra familia nunca habló español. Guardamos, sin embargo, una biblia española de mi madre con tapas de plata y un candelabro, español también.

—¿Cuándo visitó América Latina por primera vez?

—En 1929 fui invitado por la vieja Universidad de México a dictar una serie de conferencias. Recuerdo que tuvieron tanto éxito que el local no fue suficiente para acoger al público y fue necesario buscar otro que permitiera la entrada a los cientos de personas que se reunían puntualmente para escuchar mis palabras. Tengo un vivo recuerdo de todo aquello. Más tarde, fuí a la Argentina donde me recibió un grupo de jóvenes escritores entre los que estaban Jorge Luis Borges y Eduardo Mallea. En la Argentina pasé momentos agradabilísimos. Nunca olvidaré las atenciones y el interés intelectual de Jorge Luis y Eduardo, que son dos magníficos escritores. Para mí fué tan sorprendente el conocimiento de mi obra que había en Hispanoamérica!.. Nunca pude imaginar que mis ensayos sobre lo hispánico dirigidos, principalmente, a los norteamericanos, pudieran merecer una atención entre ustedes tan generosa. Muchos de esos ensayos, además, no habían sido traducidos al español; pero habían aparecido en la Nouvelle Revue francesa y casi todos los escritores hispanoamericanos los conocían. Fue muy interesante leer la traducción que Unamuno hizo de algunas partes de mi libro *Virgin Spain* (España Virgen) que luego tradujo completamente el poeta León Felipe y que se publicó en la Revista de Occidente de Madrid.

—¿Tuvo éxito ese libro en los Estados Unidos?

—Un éxito de estimación como decimos en Inglés; pero los norteamericanos no comprendieron mi mensaje como yo lo deseaba.

—¿A qué atribuye ese hecho?

—En Estados Unidos las ideas, los conceptos no tienen el mismo alcance que en otros países. Esto es típico de todos los pueblos que han sido formado por el protestantismo. Otras religiones, la católica, por ejemplo, ha estimulado la capacidad especulativa; ahí están los grandes místicos para probarlo. En el año 17 surgió un grupo de escritores que reveló a Estados Unidos un organismo intelectual en torno a la revista Seven Arts que dirigimos VanVyck Brooks, Open Heimer y yo. Fue una revista de pensamiento que divulgó las obras de Bertrand Russell, Lawrence, Jules Romains y las primeras novelas de John Dos Passos y Sherwood Anderson. Ingenuamente pretendíamos invalidar la guerra desde sus páginas y fué la guerra quien vino a interrumpirla. No ha habido una revista similar en Estados Unidos. Este tipo de publicación no tiene adeptos.

—¿No observa usted un movimiento de análisis de la realidad norteamericana en algunos libros recientes de Estados Unidos?

—¿Por ejemplo?

—Bien, "The Lonely Crowd" de David Riesman, "The Organization Man" de White.. etc...

—La tesis del primero anda por las páginas de mi libro NUESTRA AMERICA y otras ideas están en la Rebelión de las Masas de Ortega y Gasset. De todas formas, su título, *La muchedumbre Solitaria* es una idea convencional y manida. Son libros que tienen cierto atractivo para el público; pero no son libros útiles para comprender el carácter norteamericano.

—¿Cómo ha recibido el público su labor de novelista?

—Bien... Mis novelas han tenido éxito, pero no han sido comprendidas. Los críticos las exaltan, pero no logran apreciarlas en su intención, en lo que significan dentro de mi obra de pensamiento más riguroso.

En Rusia han tenido gran éxito.

¿Qué piensa Usted de la novela norteamericana de los últimos años?

—Hay escritores eminentes.

—¿Qué opina de Heminway?

—Su éxito es universal.

—¿Legítimo?

—Ha escrito muy bien sus experiencias de hombre inmaduro, un poco adolescente. Su novelística es la retórica de esa adolescencia aterrada ante la ferocidad del mundo que le tocó

vivir. Es un romántico al estilo de Byron y realizó en la literatura el mismo impacto que el escritor inglés hace cien años.

—¿Y William Faulkner?

—Es un escritor genial. Sus primeros libros son excelentes; no así los últimos donde se nota un debilitamiento de sus facultades. Como Balzac con París, redujo el mundo del Sur de Estado Unidos a la literatura; pero éste es un pequeño mundo que él agostó y ahondó hasta el delirio. La diferencias que existen entre él y Balzac —a quien lo unen curiosas semejanzas— son las que hay entre el Sur y París.

Y Sherwood Anderson?

—Es nuestro gran escritor... Ahondó en nuestra vida como nadie y su obra siempre tendrá una permanencia inobjetable. Si Heminway hubiese persistido en la línea de Anderson, sus novelas habrían reflejado muchos aspectos que teníamos obligación de investigar y clasificar.

—Paralela a la de Heminway hay una corriente en la literatura norteamericana que la muerte de sus principales figuras canceló.

—¿Quienes?

—Thomas Wolfe, Scott Fitzgerald, Nathaniel West...

—Pero estos escritores no llegaron a realizarse.

—¿No Wolfe?

—Viene de Anderson, y aunque Wolfe es un gigante de nuestra literatura, yo prefiero los cuentos del gran autor de Ohio. Creo que Wolfe era una promesa extraordinaria que la muerte frustró.

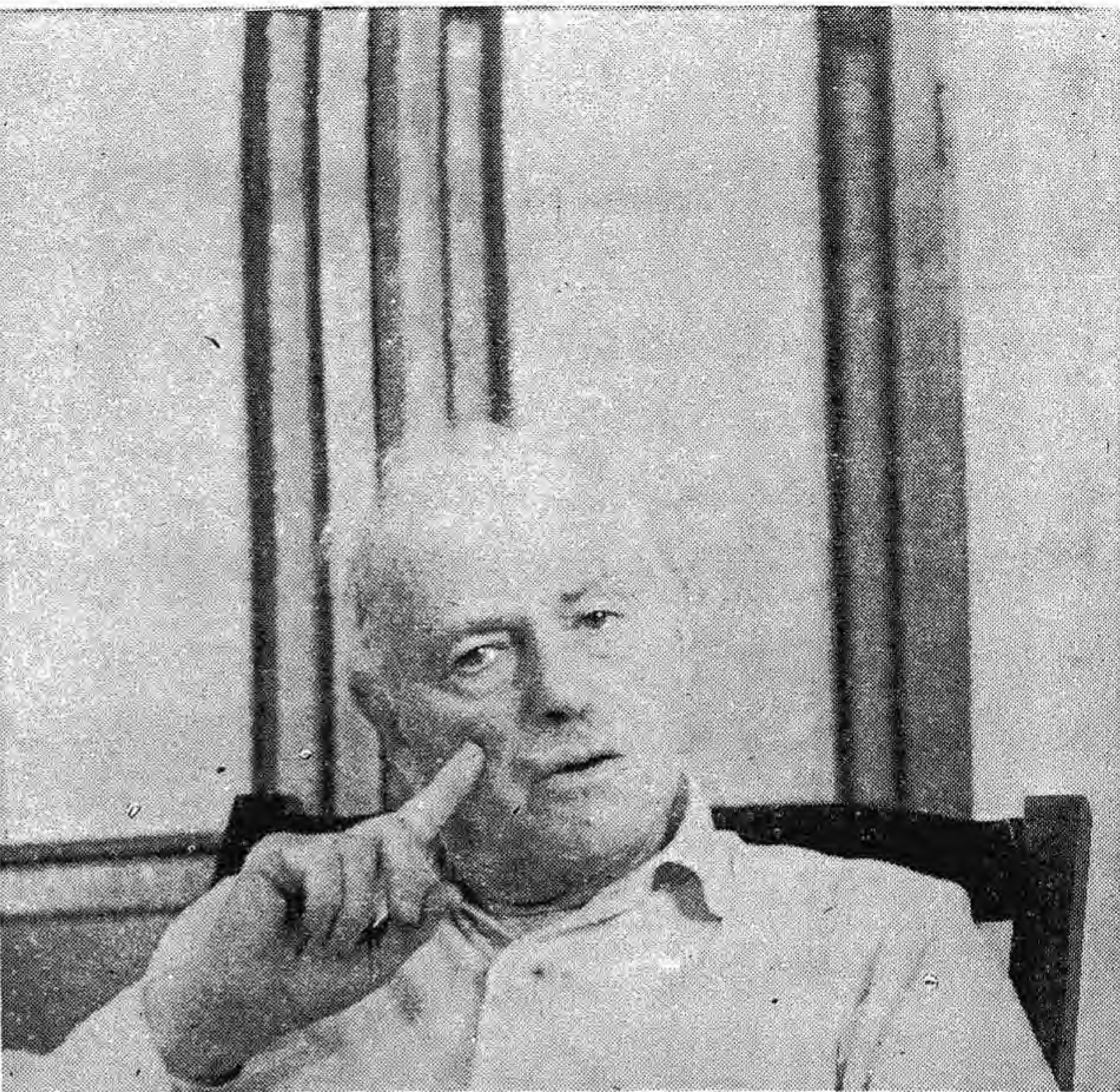
—¿Y Fitzgerald y Nathaniel West? Hay un intento de revalorización de estas figuras entre los escritores norteamericanos.

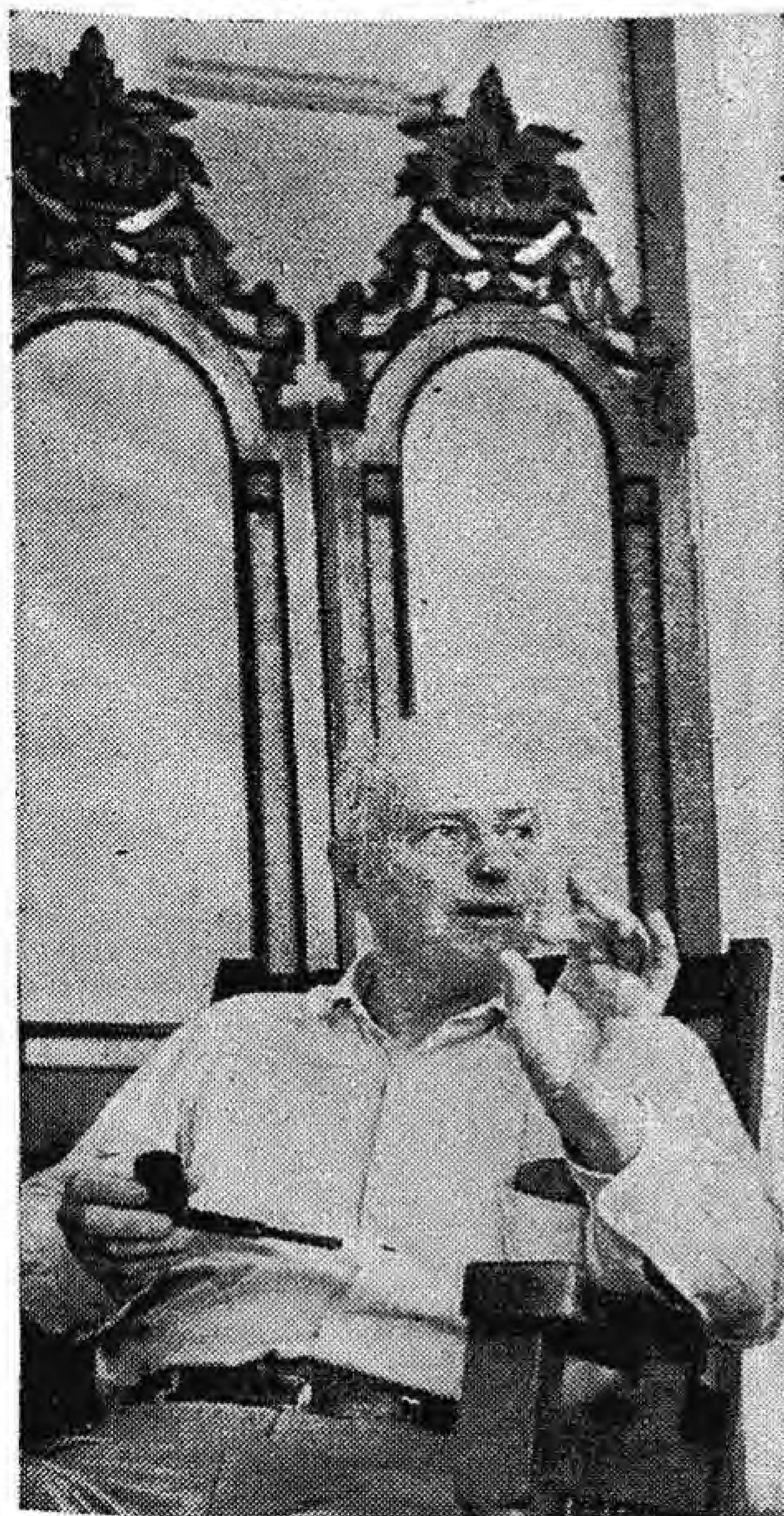
—Sí, ésto ocurre con frecuencia entre nosotros; francamente creo que éstos fueron jóvenes de vasta promesa; lograron magníficas incitaciones. Lo creo así.

—¿Cómo ve usted sus novelas en relación con sus coetáneos?

Waldo Frank esboza una leve sonrisa y contesta muy lentamente.

—Mire, hay tres corrientes en la literatura norteamericana; al menos, así lo creo yo. Me inscribo en la línea que viene de Melville —grandes creadores de mitos— pasando por Whitman, Poe y culminando en Hart Crane, nuestro más grande poeta después de Whitman. La otra línea es la que viene de Mark Twain y culmina en Heminway y finalmente la que empieza con Henry James, pasa por Ezra Pound y culmina en T.S. Eliot. Entre estas tres ha habido una larga polémica durante muchos años.





—¿No son todos ellos grandes escritores?

—Son grandes virtuosos; pero el alarde final de Pound tratando de conciliarse con Whitman no puede conmovernos. Su literatura no responde a los objetivos centrales de nuestra cultura.

—¿Y Eliot?

—Gusta; ha tenido mucho éxito.

—Si como usted dice, Estados Unidos no posse una capacidad especulativa profunda, ¿por qué Eliot goza de tanto prestigio y lectores en el país?

—Efectivamente, Elliot es un poeta lleno de alusiones cultas; pero no olvide que es un metafísico convencional. Y eso se permite. Pero, en cambio, Poe cada día está más lejos del pueblo. Y nadie duda que se trata de un genio de nuestra literatura.

—Recientemente Elliot afirmaba que el éxito de Poe se debía a las magnificas traducciones francesas de Baudelaire, pero que en Inglés era un escritor mediocre.

—No había leído ese juicio, pero me parece arbitrario. Es posible que el francés de Baudelaire sea mejor que el inglés de Poe; pero no cabe dudas que ambos son escritores geniales.

—¿No lo es también Henry James?

—Es un escritor eminente; pero no me interesa. Los inspiradores de mi generación fueron tres: Melville, Thoreau, Whitman. Y se dice con frecuencia que cuantas veces parece naufragar el aliento que ellos nos dieron, surge alguien que lo reanima y vivifica. Las gentes como Pound, Eliot, Heminway y James han ganado todas las batallas, pero nosotros ganaremos la guerra. Mis novelas, mis libros en general, no son para ahora en mi país. Yo soy un hombre de minorías; pero, dentro de algunos años, ¿qué pasara? Creo en la literatura que hacemos: fincada en el hombre y en su sentido místico y creador.

—¿Está satisfecho de su último libro?

Sí. "The Rediscovery of Man" es mi libro más ambicioso, mi libro definitivo, el libro de mi experiencia y mi filosofía.

Frank habla con vehemencia y cada una de sus palabras es justa. No hay pausas entre ellas. Va a la mesa y ordena algunos periódicos que el viento agita.

—¿Por qué ha venido a Cuba?

—Mire, Alcides Iznaga es uno de los responsables principales de mi viaje. Es un hombre muy inteligente. Nuestras relaciones son ya muy sólidas. Iznaga me enviaba, cuando la revolución, documentos revolucionarios. Después, cuando la revolución triunfó, me envió los discursos y las cartas familiares de Fidel, editadas. Me incitaba a que viniera a Cuba. Después PRENSA LATINA hizo posible esta idea y aquí estoy, aquí me tienen entre ustedes después de tantos años. Pero son otras caras, ahora jóvenes las que me reciben cuando las de los jóvenes de antaño han envejecido tanto como la mía. Recuerdo con afecto a los escritores cubanos: Nicolás Guillén es un magnífico, un gran poeta, superior a nuestros poetas negros; conozco a Alejo Carpentier, aquí tengo su último libro que quiero leer inmediatamente. A Martí lo leo siempre. La biografía de Jorge Mañach sobre Martí es formidable. Y también me gusta mucho los ensayos que le dedicó Juan Marinello. Me gustaría mucho leer a los nuevos escritores cubanos.

César Leante le pregunta que cuál es su opinión sobre la actitud que debe adoptar el joven escritor cubano ante la realidad actual de Cuba. Waldo Frank responde sin vacilaciones.

—Es una hora grandiosa. Es necesario investigarla, reflejarla. Los escritores deben trabajar por sus países. Si hay que darles conferencias a los campesinos, dénselas, pero que no se pierda la independencia, que el compromiso no vele la función crítica que le corresponde al escritor. Su deber es reflejar artísticamente la realidad, sea Cuba o Islandia. Un arte de propaganda es un arte de traidores ¡Cuidado con eso...!

Nos ponemos de pie. Es tarde y damos por finalizada la entrevista. Frank debe asistir a un programa de televisión. Nos da un fuerte apretón de manos. Quiere que le veamos antes de marcharse de Cuba. Sonríe francamente, mientras nos acompaña a la puerta.

—Gracias por la entrevista... Tenía ganas de hablar de literatura... Ese es mi mundo...

RAHAB

una novela de waldo frank

por alcides iznaga



Fanny sintió en su cuerpo terso, justo, en la escena destoldada de la primavera, la presión poderosa del amor, en el libre campo, sin estorboso aparato ceremonial: las desnudas fuerzas conjugadas; la de él, la de ella; la de la belleza, la libertad, y el amor. Sin la azarosa gravedad de condicionales. (Como en las bestias). Porque no era necesario. Igual que una límpida hora o una irrupción albicante. Y los firmísimos pórticos de la soledad sosteniéndoles a ambos. Cuando el acto deleble tomó la categoría de historia, el hombre dijo: "Te desposaré". Ella pensó: "¿No podrías callar? ¿Qué estás matando?"

Porque aquellas palabras eran maculantes, y en todo caso, superfluas. Pues luego de tan plena unificación adviene un silencio audible, una vibración, un sobreacto deleitantes sin menoscabo, como los finales de una consumación.

Se sumieron en una morada pequeña. Estrechamiento de las vallas del amor. Para el matrimonio Harry Luve y Fanny Dirk (y para mamá Susana, cocinera). Fanny no hubiera deseado a Susana. Anhelaba hacerlo todo. La alegría la impelía, haciale añico al miedo, la incertidumbre, el dolor; hubiere lo que hubiere tras de tales cosas.

De los días matrimoniales partían dos caminos uno igual, pero intensificado, el de ella, que progresaba, permaneciendo. Camino de la estabilidad y fructicidad: (su matriz fecunda), su seguridad, equilibrio, fortificamiento, satisfactoriedad. (El arroyo, palpando su gozosa arribada a río). Pues el hijo gestándose era el definito nudo inicial, el de Harry y el hogar. Sentía el crecimiento de su consolidación. El sólido camino de sus días, la suave euforia.

El sendero del consorte se angostaba, languidecía, su oscuro volante se enlentaba. Se empequeñecía el coloso de su amor; las vallas del hogar juntábanse como cepo, le arrojaban de aquella barlotina. Le habitaba un grávido aire de hastío y saturación. Y la otra fuerza atada, la del fugitivo bienestar de la bebida, le solicitaba para detentarle bajo su águila opresiva.

"¿Por qué bebe, oh, Harry?" "En la Universidad —respondiole— no te tenía a tí, Fanny. Pero estaba el licor."

Mas el licor no comparte su oscuro paraíso:

"Que el diablo te lleve", dijo el marido. Ya roto, degradado por el líquido infamante, llorando como mujer burlada y abandonada; caído desde adentro, en el suelo, suplicante: 'tenme bien sujeto, Fanny".

Pero ya el rumbo de Harry había marcado su esconce violento y trizado su paralela de cercania y amor; proa además a la alucinante provincia del juego de azar. Camino que se le escapaba raudamente a los pies de Fanny, sola, con su hijo creciendo. Harry, bebiendo, endeudándose, mujereando, haciendo escándalo, con dinero paterno acallado, y Fanny justificándole como a niño; esperando con agónica esperanza.

Los días se habían alzado en una muralla de ocho meses que no la permitían ver nítidamente, los días y el silencio de Harry, con el sumador advenimiento de Edith, la criatura. Ahora la oprimía su comunidad nativa; las menudas almas de su coterráneos, sus sádicas lástimas, sus consideraciones, ¿y cómo perdonarle el dividendo de haber conseguido a Harry, el mejor casadero?

Fanny durmió una noche junto al lecho, en el suelo, al terrible arrimo del blanco sitial vacío.

Abandonada ya, en la reunión había de estar toda ella embridada; pensaba que le vetarían la alegría, si seccionaba las tristes amarras del abandono. Era la presa del envenenado pueblelo, su solaz pernicioso.

A otro recibió Fanny, a Dannenberg, Abogado de Washington, el de la palabra distinta de la de los convenios hostilizadores. Su cuerpo fue quien le tomó. Y su momento de desnudo ayuntamiento quebró tensiones, sus sedes, de órgano y pensamiento. Dannenberg marchó a su hogar; Fanny le dijo que no le amaba. A su sórdido marido era al que amaba. Esto no es pecar. Abandonada y amando a Harry al que firmente espera, sin sedimentos de ominosos recuerdos. Sin temor a la ebriedad, juego y mujeres. Suplirá apetencias de él. Más que el juego será, y la bebida y las mujeres. Con su albo cuerpo bello, con su verificado amor. Habrá de venir. Ventea la llegada.

Inopinadamente Harry se deshace de los grilletes del juego y la taberna. Purificado, narra en colegios a ávidos jóvenes su regreso. El reverendo Poole confirma a Fanny su intruída certidumbre: Harry, tornará al hogar.

De la lúcida y atormentada locura del alcohol, de su silente y abigarrado aquelarre, es liberado gracias a mágico encuentro. En el caos infernal de su percepción la mole de sombrío estruendo del Ferrocarril Elevado ha discurrido sobre su cráneo abatido. Luego halla que no era cierto. También, reaparece en la mano su perdido índice, y ahora son cinco los dedos. ¡El infierno de tangibles monstruos lamentables! El infierno apacible y de prestos estallidos de la taberna.

Recibo con anémonas y violetas, con botones de cerezo y peral. Encuentro inexpresable; elocuentes abrazos. "He contado con tu amor, Fanny". "Harry, te amo. Me dejaste sola dos años en la compañía forzada de un borracho".

"He pecado gravemente. Perdóname".

"Te descarriaste porque yo supe retenerte; porque no me sostenías. Ahora estamos unidos estrechamente". Harry, obstinado en enumerar sus extravíos repite su imploración de perdón.

("¿Qué es pecado?" piensa Fanny).

"Fanny, mi queridísima esposa, esposa mía. ¿me perdona?"

"No veo, amor mío, que haya nada que perdonar." El atormentado arrepentido diole al fin la razón de su purificación: "déjame decirte: aquella terrible noche inolvidable... tú y Jesucristo... Os ví a ambos juntos. He confesado mis pecados. Uno a uno. Déjame abrazarte ahora, en silencio".

"Pero, —dijo Fanny— Harry acaso yo también tenga necesidad de confesar. Tu abandono me mató, Harry. Estaba medio muerta antes de que tú te fueras. Tu partida me mató".

"Te digo que me perdones".

"¡Nunca! si lo pides con esa palabra. Perdón, pecado.. ésas son palabras, Harry, que cubren actos. Tú me mataste..., abandonada con Edith".

El obsesivo predicante aún no ha recordado a su desconocida Edith, la criatura. Cuando Fanny, valerosamente, manifiesta que había habido un hombre... uno solo; una vez..., el esposo maculado y limpio, es fulminado por la confesión, cae al suelo, cubierto el rostro con las manos, que ya no quieren tener a la esposa. Un mundo blanco se le abatió adentro, una columna de sólidas espumas. Fanny estaba ahora caída y oscura, a sus pies, llena de súbita lepra repelente. Cien años, mil años, millares de años lo separaban de ella; una tenebrosa distancia nunca insalvable. Quedada lejana, quedaba remota, perdida, esfumada, como una mancha nochesca. El, ¡tan limpio, tan depurado! ¿Cómo tocar aquel cuerpo con marca perdurable? No le aceptó explicarle. Sus palabras estarían mancilladas también. Y Harry, el predicador, el pastor, reabandonó a Fanny... "Te echo... No por mí. Yo debo viajar. Mi misión es de ir de Colegio en Colegio... llevando la Palabra a mis hermanos... la Palabra de Nuestro Señor, que te condenó. Yo te aparto de mi, por el bien de mi hija... a la que no verás nunca".

Harry, el fementido que implora y predica el perdón, el victimario feroz, no lo otorga. ¿Perdón, perdón, de qué? El monstruoso consorte, salta sobre sus tristes límites, se apodera de la Facultad Divina, y en el nombre de Dios, sanciona a la inocente, la aparta de sí. Sin embargo, todavía no es bastante y sentencia, cual cavernaría Deidad: "te aparto de mí, por el bien de mi hija... a la que no verás nunca"... Y el hipócrita parte a detentar la Palabra del Dios Justo.

Fanny se marcha, ¡echada!; ¿Qué deja tras de ella? Lo imponderable. Se va henchida y vacía. Lleva consigo una casa a cuestas, con un ordenado universo de memorias. Deja ¡una hija!, pequeña y desamparada, bajo la incólume lógica de mil, de dos mil años de sombra, de cien mil años de determinada Iniquidad. Y la mínima ca-

sa y la niña y el amado tiran vigorosamente de sus pobres hombros hacia ellos, y, hacia fuera. Debajo de sus pies, el río; pero no quiere morir; tal vez se haga la luz en el ojo tenebroso de la Justicia y sea llamada y bienvenida. ¡Edith, Harry, el hogar! Desusadas sombras opacan sus claridades intelectivas, sin hacerla arrepentirse de la confesión. Fanny leal, Fanny valerosa. ¿Qué queda de ella consigo? Acaso sintióse tan arrojada, tan compulsada al abandono, a la huida, como al marcado con culpa pavorosa que huye locamente. "Ella habría podido quedarse y combatir para tener a su hija, pero no lo hizo... y recapturarle a él... repugnante..., pero no pudo. Socorro para su hija". (desprotegida). ("¿De dónde saldría la madre que la auxiliara o el padre?").

Abandonada al pueblo de mujeres vacías, de hombres mendaces, de almas tortuosas. Sentíase desnuda, empujada, lejana, cargada y condenada como una nube. Dannenberg "le había dado la vida". Dos años después, en New York, Fanny desea seguir siendo Fanny Dirk, señora Luve. Y Jonathan, su jefe de empleo, desde hace dos años, (uno, de amantes) no puede desposarla, como lo desea.

Ella, sufriendo embestidas lóbregas del recuerdo, y rechazándolas, defendiéndose. Insidiosas irrupciones suaves, sus potentes imanes. Bienestar de sedosa calidez hogareña: Edith, Harry. La rueda de plomo del Tiempo girando imperturbablemente. El tiempo y el recuerdo royéndola. El inmisericorde y lacónico gong del espejo, advirtiéndole de sus caderas gastándose, de su pecho abatiéndose. La desesperada rememora: "ayer tenía una casita alegre, un jardín... Harry, Edith... ¡Edith, hija mía! Mansas remenbranzas versus el contrapunto rudo de la férrea cama, inmediata; de la estrecha y desolada estancia neoyorkina. Se conmisera de sí misma, más álzasele valeroso impulso infundidor de arrestos: "alcoba... te romperé..."



El novelista norteamericano Waldo Frank conversa en la casa del amigo Alcides Iznaga —novelista criollo— que le animó a visitar Cuba.

fotos de raúl corrales



El Tiempo ha crecido seis años más. Fanny trabaja ahora en una tienda de pieles. Confluye azarosamente con Clara (ex compañera de trabajo) una noche de cena y teatro, pero el encuentro mismo, su vacío, las bifurca. Clara, enjoyada, distinta, mercenaria. Fanny, pobre, hambrienta.

La callada contienda, la soledad, han roto uno a uno sus pórticos, abatiéndola. Imprecaciones. Desgarradores monólogos con Dios, dubitaciones y certidumbres, incesantes introspecciones. El alrrededor, calle, multitud, individuos, el Elevado, el Mundo, son un mimetismo del yo. Buceo implacable, autopolorización pormenorizada. "Sus ojos eran todo en su cabeza. El día le envolvía en millares de hacecillos.... la noche se vestía en sus ojos". Todo es Fanny. Un haz lúcido le penetra un instante su saeta de claridad y Fanny indaga: "¿Porqué no he mirado en torno? Porque todo es allá. Sola y enferma; pero el amor de Clara le gana a la enfermedad. Fanny siente: "qué no sirve". La amiga le aloja la convalecencia en su apartamiento y quienquiera se encuentre con Fanny, le ama, y Tessie, la niña prostituta, y Susana, la envenenada perdida, y Clara, le persuaden a "dirigir" la Casa. Fanny es eso ahora: matrona, (continente). Tal vez el torcido amor de Clara... Y, siempre, la implacable contienda con el recuerdo: Edith, Harry, Dannenberg, nueve años!

Clara muere y la soledad de Fanny clausura su único recinto Fanny amable, con rescoldos de belleza y más de 35 años de edad; ya, en otra Casa, miserable, dialoga con Sansón, agudo joven hebreo amigo de Thelma, pupila. Es ahí donde Waldo Frank hace comenzar la novela. ¿Por el final? Quizás no, si la vida es un ordenado amasijo de actos y memoria, que alterna y contrapone (pasado-presente) no cual mera técnica. No hay desenlace; ahí queda. Fanny, con 35 años, matrona; como en la vida acaece. Es novela Rahab porque consigue un apresamiento, de vida, (recreado), muy totalizador. De Fanny, nada queda por sacar fuera, toda ella ha sido develada: pensamiento, reflexión, anhelo..., sin reiteraciones (no lo son las insoslayables tangencias de las continuidades sutiles del fluir del pensamiento), por lo cual a mediado del libro parece conseguida la arribada de la exhausticidad del registro del alma de la personaje. Falso. Es inagotable, sólo la muerte trunca al ser y aún así, hay donde cavar en la insondable mina de las archivadas vivencias; lo que se requiere es talento y éste provee a Frank su inagotabilidad; por eso sus tres centenares de páginas son una ineditez sucesiva, esperada revelación, prueba de la infinitud de reducto y reconditeces que el alma atesora, solamente de lo "sucedido", pues queda un saldo inmensurable de potencialidades de insondable universo anímico. Hasta la siempre (no importa que fuere Dostoiewski, Stendhal, Balzac, Proust, Joice o Cervantes), inconcluida conclusión de la novela, se aguarda el agotamiento del incansable escalpelo del novelista, pero se sabe que hay más y más que extraer todavía y quizás cuando Frank ha escrito el postrer vocablo del libro, sienta la insatisfacción de no haberlo registrado todo, sin embargo de constituir el tratamiento de Fanny una de las más abarcadoras introspecciones y reacciones "externas" que hayamos hallado.

El "tiempo" de la novela, movimiento, escenario, son veracísimos; no ocasionan desensimismamiento, "choque" del lector. La sucesiva "novedad", lógica, alimenta el interés. Es libro de relecturas.

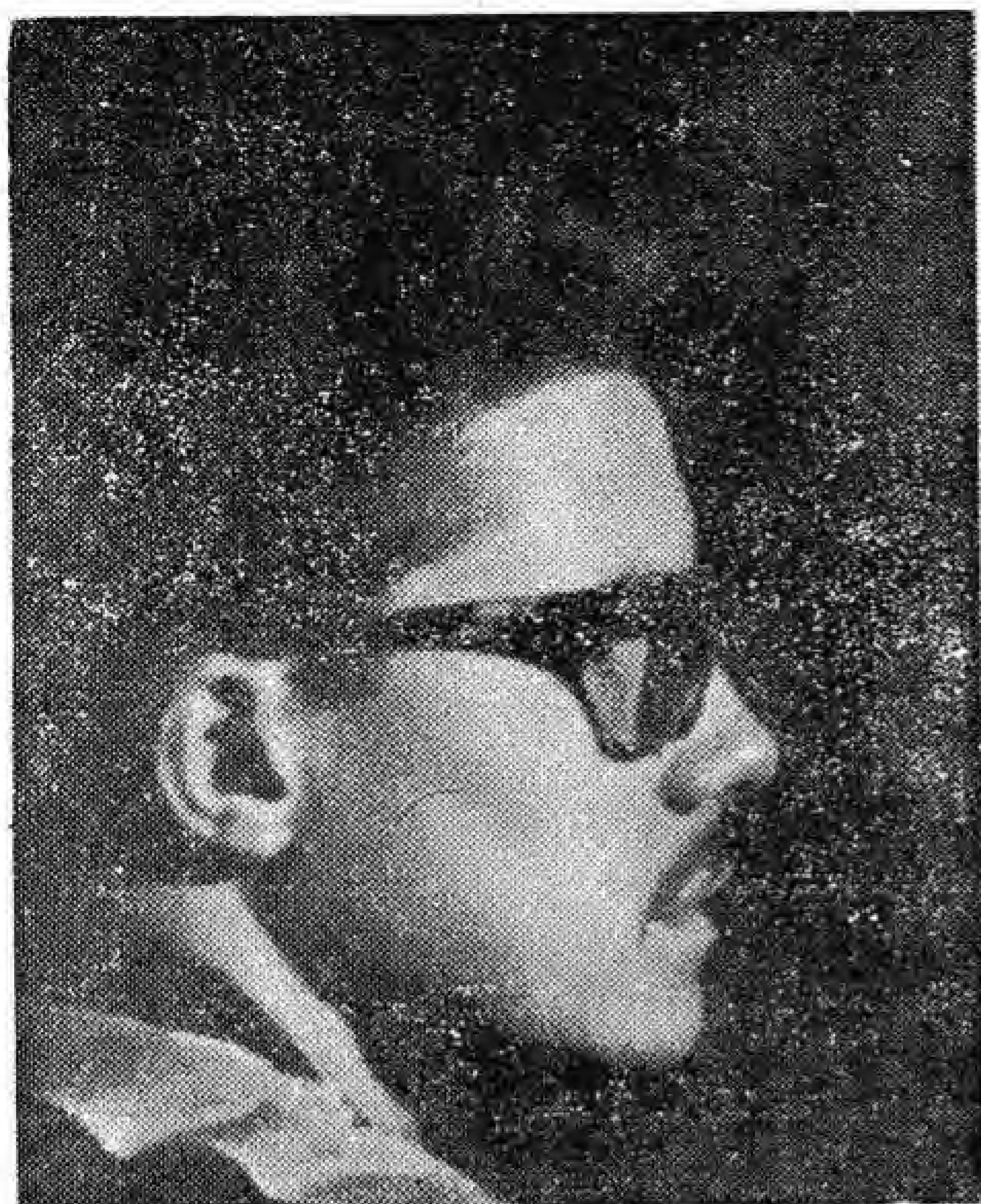
No es posible olvidar jamás la desolada historia de Fanny, ella esculpe en el sentimiento sus pétreas páginas deprimentes y desconsoladoras porque no hay hierro al rojo tan indeleble como la Iniquidad. De modo que no es con sensacionalismo con lo que se ocasiona conmoción, estos baratos recursos producen más bien repugnancia, pero todo transitorio.

Frank, al exponer, sin sancionar (lo cual solicita el lector) hace más intensa y flagrante la injusticia, y por consecuencia, proponiéndoselo o no, trabaja por la equidad, y la trascendencia y la efectividad de la adecuación.

En Frank, novelista profundo, el pensamiento supedita al diálogo, que es mondo, certero, definitivo. Rahab no es la novela de un gran prosista, sino la de un incontrovertible poeta situado en un mirador sin fronteras. Para Waldo Frank no existen murallas: calle, oficina, taller, Casa de lenocinio, ciudad, etc., caen bajo su mágico ojo recreador. Tal vez ha arquetipizado como Kafka, en El Proceso, a sus personajes (salvo Statt, oficial de la policía, y Thelma, riente prostituta), para no individualizar valores universales, para dejarlos en sus justos símbolos, para que tomen sus generales proporciones pues Harry es el hombre milenario, remoto, vigente y futuro, nadie sabe hasta cuándo. Todos somos Harry, el prejuicio, la presión resistente de los siglos, su oscuro influjo. Fanny es la mujer, bien qué mujer de excepción, regida por la fuerza vital. Aunque es una filósofa constituye un personaje, (ella y otros del resto), (igual que en El Proceso) rezumante de la inaudita superioridad del autor, lo que, para un criterio de superficie, "intelectualiza" la novelización a causa de la sensación de presencia del autor.

Rahab es la novela de un poeta respetuoso de sí. La poesía es la que ha producido esta novela, que tiene muchas puertas abiertas y tentadoras. Todo ahí es digno y eficaz, bello y revelador. Todo es sorprendente; virgen y único. Brújula para poetas. Cima que retiene la mirada.

Rahab acusa los atributos de la perdurabilidad. Sin haber constatado la edición inglesa, nos inclina a inferir que la traducción de Luís Alberto Sánchez, es estupenda.





POEMAS DE PEDRO DE ORAA

Cuando se menciona a Pedro de Oraá, todo el mundo indaga por su apellido, imaginando que se trata de algún procedente extranjero. Oraá nació en La Habana en 1931, y su ascendencia mediata, por línea paterna, es vasca, y por la materna, mejicana; y ese apellido no es más que la deformación de otro: Soraiz.

Realiza sus estudios en la capital, pero comienza a manifestarse junto al grupo de poetas de Caibarién, integrando una selección de poemas representativa de ese grupo publicada hace años.

En realidad, sus primeros versos de importancia aparecen en ORIGENES, única revista literaria en la que ha publicado hasta la fecha. Dos poemarios: "EL INSTANTE CERNIDO", La Habana, 1953, y "ESTACION DE LA HIERBA", Caracas, 1957, recogen su principal producción entre esos años.

Fuera de Cuba, ha pisado solamente Venezuela, donde colaboró con los grupos de escritores jóvenes "Sardio", de Caracas y "Apocalipsis" de Maracaibo; y la isla Curazao, colonia holandesa, de la que prepara "Informe Onírico de Curazao".

Ha intentado para subsistir, disímiles tareas: cajista de tipografía pinche de cocina, diseñador de muebles y por último, mal restaurador de mosaicos antiguos.

Tiene inédito un cuaderno de prosa imaginativa "HABLA DEL HUMO", que quiere publicar este año. Oraá cultiva además la pintura de tendencia abstracta.

SILUETA DEL CULPABLE

Torna a la serenidad,
pálido trágico,
retorna hacia la sangre y las hortalizas;
tu humanidad lastimada de hueso agudo,
lastimada por las lianas del frío,
se apiade de tu nombre, se acerque
a nosotros, como a sí misma remolinante.

Recuerdas,
ya no existe la anciana de torva espalda y costumbre,
que azotara a su hija con un ramo de berros
corrosivos,
ni la impaciente viuda de hipócrita abanico,
desvelos todo ello novelables;
pero sí la tos del esclavo, recuerda,
en la voz de cobre de un hombre sojuzgado resuena,
un hombre preterido entre la máquina y el papel
moneda;
existe, sí, el matiz indescriptible de la alegría,
acordado para el custodio palaciego, y denegado
para los cielos labrantíos de tu mano,
tu mano que amenaza y suplica;
existen, sí, y afloran, pero la boca funeral del pinc
declama sólo que lo peor mereces, la fija demencia
que mereces.

No solloces,
no entiendes:
en los primeros días estivales
es el aire de polvo inadecuado,
y de noche desciende el curandero de la guadaña
a separar enfermeros de enfermos,
a tratar de secuestrarte, aterida humanidad...
las mejillas destellan de fluvial angustia,
es la crisis del humor,
no obstante, todo el humor orgulloso que te
sobrevive;
es que no esperas,
no obstante, ha sido toda la esperanza
tu asiento de mimbre malgastado;
es que se provocan brazos furibundos
y se hacen reclamaciones profanadoras:
Pero nadie contempla a su espalda de tiempo,
cuándo incineraron la salud,
vertían el alma a las cenizas
dotadas por la sombra irresoluta del Culpable,
cernidas sobre tus hombros como arrebol maldito;
cenizas las reminiscentes,
en su constelación de pájaros y rosas derretidos,
guarismos y asteriscos infinitamente remotos,
seres grises, alguna vez amados ferozmente,
oímos tu hallazgo, el nombre de tu humanidad
aterida,
y el dedo de la siniestra lo escarba,
el dedo de ese cuerpo exonerable y elusivo, reclinado
en un mueble de espuma cuya indolente voracidad
no entiende ese nombre, no escucha
tu voz infinita y parda en la triste constelación de
la ceniza.
En la noche
contemplaremos la terrible ajada
luna, la palidez
de su natalidad sucia y amarilla
levantar un augurio levemente,
augurio de ráfagas temibles, destinadas
como palomas de rumor asqueroso,
irrebatibles como un extenso látigo,
para agitar el ras de la tierra,
para perder:

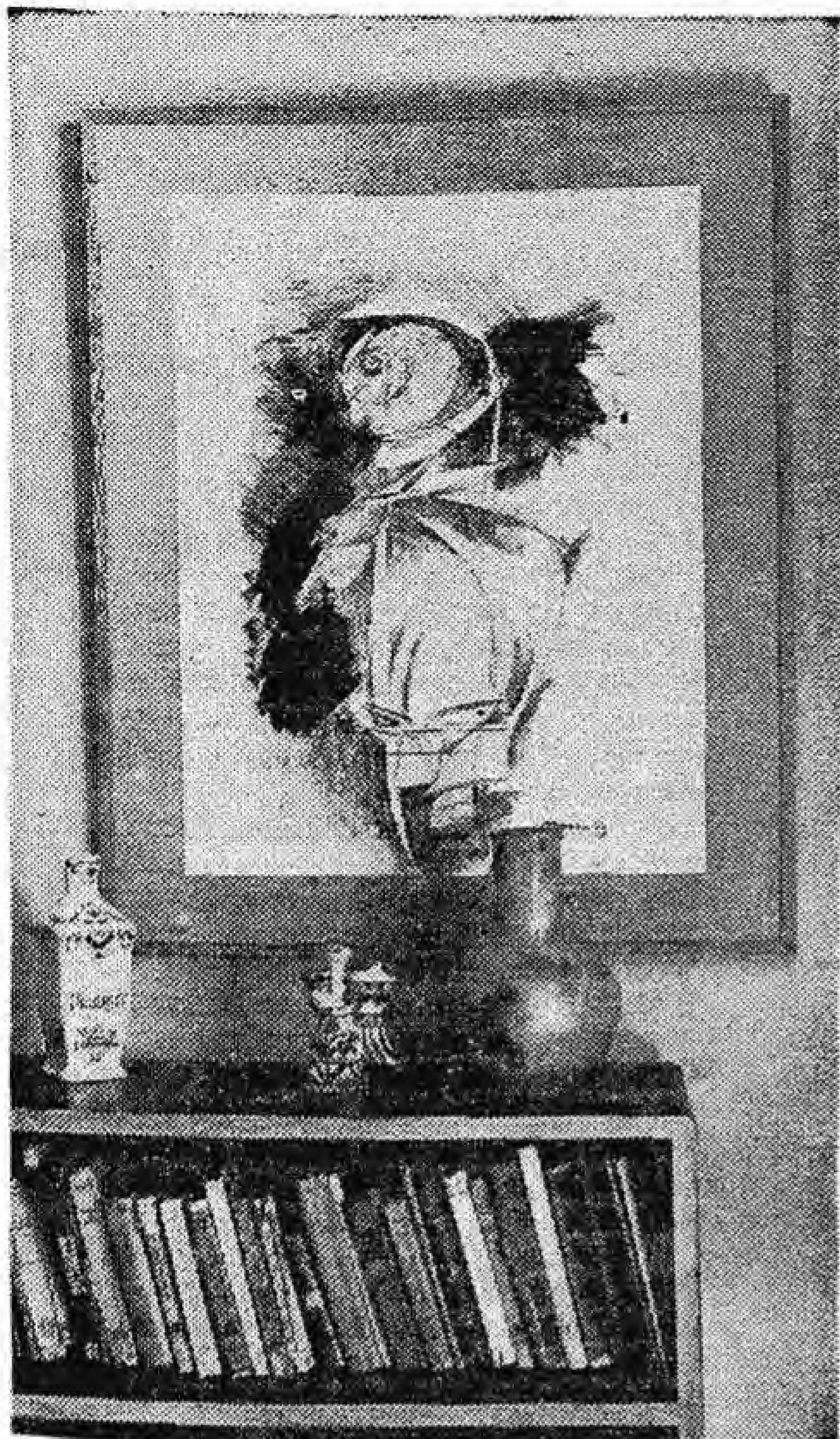
Pero he ahí tu nombre, tu mano,
tu humor desesperado,
he ahí la transverberación de tu puño y tu labio,
el gesto bronco, la palabra bronca para esa sombra
mullida
que te sorbe las horas de los días
del relámpago entre noches de tu vida enloquecida,
palabra y gesto por puridad de súbito sagrados;
he ahí la estación de tu esperanza,
he ahí tu alma inviolada en las cenizas, tu muerte
imposible,
he ahí tu voz,
aterida humanidad.

DE TEMPRANO

Aliéntame,
acude desde el flanco de la sangre, gota
de tiniebla y anhinco, lágrima de invulnerable ceño:
quiero explicarme la bestia,
el tejido de la semilla ríspida y los vientos,
los torrenciales vientos del litigio.

Procúrame un vigor intacto
para la tensa arteria, rompe, tropieza
en esta cola de violencia, cuaja la estrella
de leche desvariada, hacia el itinerario de alegría.

Vierto un sudor que entre lumbre de vidrios
trucidados
toca el deseo de su propia lumbre:
nacer en el escudo del amanecimiento y al oído
trocar por el vicio crujiente de la bestia
la veloz asunción en la flama del arbitrio.



EN CASA DE MARIANO

por severo sarduy

ESTE ARTICULO se llamaba originalmente Diálogo con Mariano. Había entregado al pintor las preguntas de la entrevista para, cuando las respondiera, pasar con el fotógrafo de "LUNES DE REVOLUCION" a tomarle algunas impresiones en pleno trabajo. El cuestionario estaba bien seleccionado, el pintor en lo mejor de su producción —preparando el envío para el Salón Nacional—, en fin, todo marchaba, como se dice, "sobre ruedas." Fue por eso muy sorprendente que no fuera Mariano en perso-

Misterios

Se dispersa el estruendo y la calle de trémolo
pierde las flechas y las conspiraciones,
pierde, retorna el polvo
a su nivel sin ala, su puñal atrevido
sume las rúbricas en la gama incandescente de la tierra.
Lejos la edad de las mamposterías, aún lejos
en la cuenca podrida del olvido el gallo de dulce sobresalto

clama la congoja en la niebla vesperal, niebla
trasegada de arcilla y transparencia.
y el arbolado hambriento de pájaro, contaminado de lo ausente,
inmóvil, su espresura entreteje de lo reminiscente.

Temor es el silencio, es agorero
de la fatalidad de otra fiebre estelar y de miradas
a color sitiado por la sombra, a insólitas
lunas en los espejos turbios:
lo que espera prepara su arma,
su acecho en el dorso apagado de los muebles,
el regreso del ruido insepulto y la tanda irremediable
de crímenes cruzados en el toldo urbano.

Piedra Lundida

Persistente aparece al sabor irreferible
en la escéptica tela del ahora;
logra el volumen de mi lágrima, acude
como una glándula de sospecha entre el dominio mío,
como un sastre de marchitas tijeras aparta mi memoria.

Mueve su lívido extremo, sus decisiones
culminan mi bronquial ansiedad,
humedecen el horizonte de mis ojos,
como el relente, mudo y cristal frío a la noche.
Revelo que su respiración entristecida
suple la hebra urdida de la finita desesperanza.









na el que me avisara que ya el cuestionario estaba listo:

—Mariano ha respondido el cuestionario.

—Magnífico, pasaré a tomar las fotos.

—No pases, Mariano respondió las preguntas y se fue para China.

—¿Pero cómo, si solamente había cinco con doble intención?

No se fue por el cuestionario, sino porque lo invitó el gobierno chino a pasar allá un mes viendo cómo se desenvuelve la vida cultural.

—Bueno, entonces pasaré a tomar unas fotos de la casa...

JESSE Fernández, pensando que Mariano no sería muy fácilmente localizable, —quijotesco en su armadura anacrónica de cajitas amarillas, fotómetros, lentes de todas curvaturas y negras cámaras ciclópeas— tomó estas fotos de su casa-taller, donde a pesar de su ausencia, aún persiste ese "aire de trabajo" típico del atelier de los pintores.

Oleos recién mezclados sobre la mesa, —los colores de Mariano—, pinceles, lápices, espátulas, papeles estrujados, cuadros a medias, otros ya terminados, secándose al aire litoral de la ventana abierta a un rincón del Vedado. En el caballete, reposa el último lienzo: una poderosa explosión de verdes sobre los cuales avanza el rosa, mientras de los bordes, una figura blanca, como de paloma, asciende y desaparece en la luz rápida de los azules. ¿Esta es la paloma del vuelo popular? No, es el *Jet* de Mariano, dominante, ágil, ávido de espacio...

En una pequeña mesa, en desorden, una colección de dibujos de las distintas épocas de Mariano. Figuras achatadas, pintadas en el taller de Rodríguez Lozano, en 1936: mujeres opulentas, rollizas; hombres vigorosos de brazos geométricos y agresivos que sostienen instrumentos de trabajo; dimensión, preocupación social, todo tratado en una paleta opaca de sepias, sienas, terracotas y grises... Luego, los dibujos de la segunda etapa: colores festivos, mujeres cubanas que sostienen en sus manos "abanicos arcoiris o aristocráticos gallos finos, pleamar de azoteas habaneras, racimos de mamoncillos o de plátanos flores reales, no tan numerosas como las inventadas." Aparecen por supuesto, varios gallos —1941—, tema constante de la pintura de Mariano. Desafiante, vigoroso, señor, un gallo blanco con manchas rojas y azules preside el aire que lo rodea, en el que flotan ardientes flores cubanas, sobre un laberinto negro de rejas coloniales. Un gallo como éste, violento y agresivo, mira con grandes ojos fijos desde una pared gris en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Otro hallazgo de la casa, junto a una colección de la Revista Orígenes —de la cual Mariano fue fundador—, en la que Pablo Armando Fernández repasa jubilosos sus poemas, es el albúm de fotografías. Mariano aparece, ya desdibujado en el amarillo característico que el tiempo pone sobre las fotos, detenido en un salto sobre la proa de un barco, flaco, alto, trigueño, nervioso, blandiendo una raqueta de tenis que parece haber rechazado la pelota fuera de los bordes neblinosos de la foto.

Esto es, de un modo somero, la casa de Mariano. No sé hasta qué punto hubiera sido preferible —los lectores me lo tendrán en cuenta— una crítica de Mariano donde se hablara de San Francisco de Matta y hubiera complicados tecnicismos plásticos. Yo he preferido esta visión rápida de su casa como parte, al fin, de su atmósfera, pensando que a veces en un dibujo de ocasión está toda una época con mucha más fidelidad que en muchos óleos pintados con paciencia.

Este es el esquema original del Diálogo con Mariano. Las respuestas conservan cierto tono profesional producto del sistema de entrevistas por escrito. De todos modos, ahí esta Mariano, su ideología y gramática. Lo demás, el ámbito de creación que produce —parangonando la frase de Jorge Luis Borges— la circunstancia fortuita de que Mariano sea el pintor y yo el espectador, eso estará dado, en la medida de mis limitaciones, en esta descripción de su atmósfera, en su casa.

Dialogo con Mariano

Yo —*¿Teniendo en cuenta que el artista es un hombre comprometido, ¿no sería importante, en la pintura, tomar en consideración los valores políticos?*







R

fotos de josse fernández

Mariano. —La pintura es un arte que se ve, y, a través de los ojos es que puede tomar vigencia en otro sentimiento nuestro; de ahí que sus valores deben ser eminentemente plásticos y son éstos los valores que debe tener el crítico para juzgarla.

Yo. —*Con esto quieres decir que el artista vive en su torre de marfil sin contacto ninguno con la realidad?*

Mariano. —No, yo parto de una temática al igual que antes. No soy ajeno a lo que me rodea ni a la lucha del hombre frente a la realidad, eso me da la atmósfera propia de mi pintura; pero, cuando pinto, los valores plásticos son los que me guían, y así, dentro de la libertad del arte contemporáneo, es que me voy expresando.

Yo. —*Entonces, si como dices, no eres ajeno a lo que te rodea, ¿Por qué no haces una pintura que responda a los temas de la Revolución?*

Mariano —.La propia temática que hoy exige la Revolución, cómo el campesino y sus costumbres, por ejemplo, —ya que la Reforma Agraria es su piedra angular— ha pasado por nuestras manos hace años. En la pintura cubana estos temas han sido desarrollados por nosotros. Más de una vez hemos pintado guajiros, barberos, pescadores, gallos, etc, y todo se hizo con la sola intención de que ésa era nuestra nacionalidad (premonición artística) pero la universalidad del arte nos hizo ir con ellos a nuevas formas y a un nuevo encuentro de los valores plásticos.

Yo —.*Yo pienso que así nunca llegaremos a tener un arte nacional.*

Mariano —.Hay un momento polémico. Actualmente se quiere hablar de arte nacional, muralismo e integración. Quienes hablan de eso ignoran que ya eso lo hemos hecho —como anteriormente he explicado— y con los mejores resultados. Todo esto responde a causas externas y no al arte mismo, es natural que esto suceda en procesos revolucionarios, sobre todo con el actual que tiene verdaderas raíces populares. Pero ¿es que nosotros no tenemos esas raíces y además somos pintores?

Yo —.*¿Qué importancia tiene en tu pintura el accidente, la casualidad?*

Mariano —.La textura de los nuevos materiales y los accidentes tienen validez en la medida en que no me aprisionan por sus exigencias. Si accidentalmente un verde avanza sobre un negro son espacios coloreados que han de sostenerse unos con otros y responder a mis propios símbolos plásticos. Cuando ello sucede es que el cuadro se ha realizado.

Yo. —*Tú crees que la misión del cuadro es simplemente la de adornar?*

Mariano —.La pintura parte de un equilibrio entre forma y color y no debe perder este equilibrio por la ornamentación, es decir, convertirse en lo que falsamente se llama barroco, que así como la liturgia negra se ha convertido en material de importación. Es necesario que el arte vaya con pasión al encuentro de sus formas, en las cuales el color sigue siendo el mejor exponente.

Yo —.*¿Qué piensas de la pintura cubana?*

Mariano —.Creo que la pintura que se hace en Cuba, salvo la de algunos filisteos, es buena, y que cada artista se enfrenta al cuadro con honestidad, lo que evitará en el futuro una pérdida de las ganancias obtenidas.

Yo —.*¿Y en particular de los jóvenes? Por qué no dices algún nombre?*

Mariano —.Hay un movimiento plástico muy importante que alegremente ha salido a la luz en estos primeros momentos de libertad. La bondad de la pintura cubana se demuestra en que es el arte que más impacto ha hecho en nuestro pueblo. Cuando nosotros comenzamos a pintar éramos sólo un pequeño grupo, poco conocido aún entre nosotros mismos. Hoy (el envío al Salón Nacional lo demuestra) hay una verdadera preocupación por la pintura. Pienso por esto, y por los juicios que expresa alegremente el público al ver tanta y tan buena pintura hecha en Cuba, que nosotros no hemos estado equivocados.

Así terminó Mariano sus respuestas.

CINEGETICAS

por humberto rodríguez tomeu



Aún medio adormecido me incorporé en el lecho —si puede llamarse así un jergón de paja— con una extraña sensación en la boca. Ya despierto del todo, me di cuenta que ésta se debía a los pelos de la cola de mi caballo Bucéfalo. Al parecer el animal, debido a lo apretados que vivimos, en medio de su plácido sueño, se acercó a mi jergón y por natural ley de gravedad su cola cayó sobre mi boca.

Pero, ahora vengo a darme cuenta de que todo esto no tiene para ustedes ni pies ni cabeza y que debo explicar, paso a paso, los peregrinos acontecimientos que llevaron a una persona culta como yo y a un viejo y matungo caballo de tiro llamado Bucéfalo a convivir en una habitación bastante reducida de un primer piso de una vieja y destartalada casa.

Todo tuvo su origen hace mucho tiempo en un hermoso castillo italiano donde nació, hace setenta años, la marquesa de X. Esta señora, en sus tres etapas clásicas de "marchessina", marquesa y marquesa viuda, gozó de todos los dones de la fortuna y llevó la vida que esos seres privilegiados suelen llevar. En esa dorada vida que llevó la marquesa ocupaba un lugar preferente el placer de la caza, mayor y menor, pues le venía de familia una desmesurada afición por la cinegética. Entretenida en grado sumo por sus cacerías —famosas en toda Europa— y sus otros muchos compromisos sociales, la marquesa no tuvo tiempo de darse cuenta de que, entre ella y su marido, que practicaba con igual pasión el deporte del lecho con costosas partenaires profesionales, se iban arruinando irremisiblemente. Los viñedos, los campos, los castillos y palacios fueron desapareciendo paulatinamente y un día la marquesa —pues el marqués tuvo la previsión de morir cuando aún podía pagarse un entierro decoroso— se encontró total y completamente arruinada. En compañía de su pálida hija, trasladóse precisamente a esta ciudad del nuevo continente donde vivo y vino a ocupar la planta baja de la modesta y ruinosa casa en la que han de transcurrir nuestras curiosas aventuras. Proponíase la marquesa llevar la vida oscura y anónima que cuadra a todo noble arruinado que se respete. Y, durante los primeros tiempos, cumplió este propósito.

Sin embargo, la marquesa, que podía olvidar sus salones dorados, sus legiones de lacayos y doncellas, sus autos, sus joyas, no perdía su gusto desmesurado por la caza y, los suspiros que salían de su pecho a cada momento, eran provocados por el recuerdo de algún sonoro toque de corno inglés o de un ciervo saltando setos y zanjas...

Un día, ya habían pasado varios años de su llegada a nuestra vieja casa, la marquesa que seguía sin poder olvidar sus días de gran cazadora, mantuvo con su hija una larga conversación. Por la mujer que venía a hacerles la limpieza, a la que encontraba a menudo en la puerta, me enteré que la madre había expresado con gran patetismo su convencimiento de que si seguía privándose de su placer favorito moriría en corto plazo y que la hija (como buena hijá) había prometido hacer todo lo posible para dar satisfacción a su madre. Por el mismo conducto supe que la joven (ya bastante madura por cierto) después de algunas gestiones harto humillantes para personas de su elevado nacimiento y de varias cartas de presentación para personas de nuestra más alta sociedad, consiguió que su madre fuera invitada a una cacería de venados. Cacería de la que volvió la marquesa indignada por las reiteradas violaciones al código cinegético que en la misma se hicieron y, en general, por la falta de tono aristocrático que ella exigía en esa suerte de eventos. Al oir esto me dije para mi coleto que el principal combustible para su indignación era lo costoso que le resultaba alternar con personas que cuentan los millones por docenas.

Algún tiempo después, no sé a cuál de las dos —ambas eran como se verá de imaginación fecunda— se le ocurrió reducir el tren de una cacería hasta hacerlo encajar en el limitado espacio de una planta baja compuesta de sala, comedor y dos habitaciones. Es posible que ello sólo sea un síntoma más de la época y que las dos mujeres se limitaran a imitar lo que veían a diario: literatura de bolsillo, alimentos concentrados, píldoras mágicas, etc. Lo cierto es que un día, a las siete de la mañana, salté de la cama espantado, al sentir bajo mis plantas el estridente y metálico alarido de una trompa de caza; lo que fue seguido, con el consiguiente aumento de mi estupor, por ladridos de perros y cocear de caballerías. El estruendo siguió hasta pasadas las doce del día y cesó luego de oirse un grito de triunfo de la marquesa.

Tanto había sido el estruendo y tan difícil de explicar que no pude adelantar nada esa mañana mi trabajo de traducción. Por lo tanto, ante el temor de que se repitiera al día siguiente, decidí bajar a la casa de mis vecinas para formular la más enérgica protesta por ruidos tan ruidosos e insólitos.

La marquesa me recibió con exquisita cortesía y oyó mis quejas sonriendo y asintiendo con su hermosa cabeza antigua. Cuando terminé de hablar, me dijo:

—Sí, joven, comprendo perfectamente que tanto ruido pueda molestarle, pero, entre mi vida y su tranquilidad, permítame que elija mi vida.

—¿Quién le habla a usted de su vida? Yo no tengo nada contra usted. Le deseo que viva cien años. Lo único que le pido es que el escándalo de hoy no se repita en días sucesivos.

—Se repetirá, joven, se repetirá —contestó la marquesa sonriendo y levantando una mano color marfil— Eso que usted llama tan fácilmente escándalo es sencilla y llanamente una cacería y pienso organizar una cada semana.

—¿Cómo? ¿Cacería? —pregunté yo atónito hasta lo indecible— ¿Qué es eso de cazar en una casa decente, molestando a los demás inquilinos? ¿Qué puede usted cazar dentro de una casa tan pequeña? Para eso vaya al campo, allí tiene espacio suficiente.

—¿Qué campo? —me contestó la marquesa dando muestras de un realismo sorprendente en persona de tan avanzada edad— No sabe usted que todos están cercados y tienen, además, propietarios que no conozco. A menos que tenga usted uno que ofrecerme...

—¡No tengo ninguno, acaso me vé usted cara de terrateniente!

No sé cara de qué me vió la vieja señora ni que le vi yo a ella, lo cierto es que poco después estábamos de gran conversación como dos buenos amigos. Seguramente ella puso en juego los restos aun poderosos de su otrora famoso "charme" para poder conservar la libertad de sus cacerías o quizás la conversación que siguió y que giró toda alrededor de la caza, hizo surgir en mi desconocidos atavismos de Nemrod. El resultado fue que me invitó a la próxima cacería y que yo acepté. No sólo acepté sino que, con mis escasos ahorros (destinados como siempre a enriquecer mi biblioteca) compré a un viejo carretonero que pasaba a diario frente a mis ventanas el caballo que tiraba del carretón.

Con gran sigilo lo entré de noche en mi cuarto y con igual sigilo bajé con él el día indicado por la marquesa para la segunda cacería.

Al rayar el alba de ese día nos encontramos todos los cazadores reunidos en la sala de la planta baja: la marquesa sobre un alazán bastante combatido por el tiempo y los malos tratos, impresionaba aun por su porte majestuoso; su hija, amazona de larga falda negra y coquetón sombrerito inclinado sobre el ojo izquierdo, cabalgaba un venerable burro, y yo sobre Bucéfalo no me veía del todo mal. La jauría, en cambio, no era que digamos muy adecuada. Se componía de un pequinés obeso, propiedad de la hija, y de un viejo perro de aguas traído de Italia por la marquesa.

Después de lanzar una mirada de general experto a sus tropas, la vieja señora llevó a sus labios la brillante trompa, sopló fuertemente en ella y empezó la cacería.

Debo reconocer que los perros no demostraban mucho entusiasmo, pero la marquesa supo excitarlos con algunas palabras cariñosas y algunos oportunos golpes de fusta. Por fin el pequinés se encaminó, mamboleándose sobre sus cortas patas, hacia el primer cuarto. Detrás fue el perro de aguas y luego nosotros.

Con garbo sin igual el caballo de la marquesa saltó sobre la estrecha cama y al caer del otro lado una de sus patas fue a dar dentro de un orinal. El orinal estaba lleno de orine y todos fuimos salpicados. Miré asustado a la marquesa, pero ella con la cara transfigurada dijo: "estas zanjas están donde menos se las espera una!" —y espoleó su caballo.

Durante una hora o dos los perros, ya más animados por la cacería, estuvieron husmeando bajo todos los muebles y nosotros los seguíamos saltando con nuestros cuadrúpedos como mejor podíamos sobre camas, mesas y sillas.

Luego, bajo un viejo paraguas, que la marquesa nombraba el pabellón de su abuelo, tomamos un ligero refrigerio. Le dábamos fin cuando se oyeron provenientes de la cocina los histéricos y desiguales ladridos de los dos perros.

A toda prisa montamos de nuevo nuestras cabalgaduras y nos lanzamos al galope hacia la cocina: sin duda los perros habían levantado la pieza. Así era, en efecto, y al poco rato el animal salió despavorido perseguido de cerca por los perros y por nosotros. De nuevo pasamos por los cuartos, saltamos camas y mesas y el alazán de la marquesa metió de nuevo la pata en el orinal. No podía negarse que era algo excitante y estremecedor. Por fin, la pieza, perseguida de cerca por los perros, se refugió en un rincón de la sala y decidió vender cara su vida. Sus flancos subían y bajaban como un fuelle, en sus ojos se veía un fulgor desesperado y sus belfos contraídos dejaban ver el brillo de los dientes.

—A usted el honor —dijo la marquesa con voz trémula por la emoción, alargándome un cuchillo de mango de marfil que sacó de su cinturón.

Recordando vertiginosamente todas mis lecturas de reales cacerías medievales, empuñé el arma, bajé del caballo y me encaminé decidido hacia el animal. De un solo golpe le partí el corazón y, apartando a los perros excitados por el olor de la sangre, corté limpiamente una de sus patas y poniendo una rodilla en tierra, la ofrecí respetuosamente a la marquesa que desde lo alto de su alazán sonreía bondadosa y satisfecha.

Humberto Rodríguez Tomeu

PASCUA DE SANGRE



por raúl gonzález de cascorro

La noche sin luna le brindó refugio en sus sombras, más espesas bajo el árbol, entre las yerbas. Se quedaron quietos, jadeantes aún, hasta que la respiración fue recobrando su ritmo normal, al mismo tiempo en los dos, como si cada movimiento del cuerpo y el cerebro estuvieran coordinados, como lo estaban sus ideales.

También a la par contuvieron la respiración, para escuchar hasta el más mínimo ruido. La noche inmensa, poderosa, los seguía protegiendo.

—Vamos a arrastrarnos hasta el puente. Cuando pase una máquina la abordaremos. . —susurró uno.

—Es peligroso. ¿Por qué no esperamos? —dijo el otro fatigosamente, como si las palabras estuvieran enlazadas por un hilo a punto de quebrarse.

—Hace falta que te vea un médico.

—Puedo aguartar. Aquí no corremos peligro. Esperemos a mañana. —insistió el herido.

—No. Vamos a arrastrarnos hasta el río y de ahí seguimos hasta el puente.

Y lo dijo de una manera tan convincente, que los dos comenzaron de nuevo la huída, ahora en las afueras de la ciudad. Esta había empezado en medio del pueblo. Tuvieron que abandonar la máquina, acorralados, en una esquina. Ya era medianoche. Saltaron la primer tapia. Y ya no se detendrían, urgidos por los silbidos de las balas. Se acurrucaron, al fin, junto a un gallinero. El revolotear y cacareo de las aves tam poco les dieron tregua, porque sirvieron de aviso y nuevamente las balas, en la persecución de la presa, hasta alojarse en el brazo sudoroso.

—¡Me cogieron! —se retorció de dolor la exclamación.

No hacía falta preguntarle. Llegaba la luz desde un poste, en la calle, y le bañó el brazo sujetado por la mano fuerte, que se fue tiñendo de un rojo caliente y espeso.

—Espera. Déjame vendarte.

Y el compañero se desgarró la camisa con los dientes, rodeándole la herida con el abrazo fuerte de la tela.

Un perro empezó a ladrar. Estaba en el patio contiguo y luchaba por romper la cadena, como también luchaban ellos. Desde la casa una mujer empezó a dar gritos:

—¡Ladrones, ladrones...!

—¿Qué hacemos? —dijo el herido.

—Seguir. Seguir hasta que no podamos...

El perro seguía ladrando y la mujer seguía dando gritos.

—¡Aquí, en el patio...! ¡Policía, policía...!

—¡Cállate! —gritó un hombre desde adentro. —Pueden ser revolucionarios...

Ya era tarde. Los policías tocaban en la puerta y poco después entraban al patio.

—Aquí hay un pedazo de tela con sangre —dijo el más grueso iluminando con una linterna.

Pero ya ellos habían saltado la última tapia y se habían internado entre la yerba alta cercana al río.

Ahora seguían hacia el río, arrastrándose penosamente.

—Tengo sed —dijo el herido, como si al pensar en tanta agua su garganta reclamara todo el río.

El compañero se detuvo (el herido iba arrastrándose tras él) y le tocó la frente.

—Estas hirviendo. ¿No tienes más heridas?

—Creo que no. Me siento la cabeza aturdida.

—El río te refrescará.

Y nuevamente la idea del agua abundante le dió fuerzas para seguir.

Un viento frío se coló entre las yerbas y les azotó las caras sudorosas. El herido sintió alivio. El otro, con la camisa desgarrada, se estremeció. Pero no dijo nada.

—¿Falta mucho?

—No. Ya estamos cerca. Conozco bien esto.

Unos metros más y ya se sentía el manso correr del agua, bajo la podredumbre que le daba la ciudad. Un nuevo impulso. Y la cortina de yerba se abrió, para ofrecer a la mirada ávida la estrecha corriente.

—Acércate. Ten cuidado con el brazo...

Lo ayudó, hasta que la cabeza quedó fuera de la tierra, suspendida sobre el agua.

Con una mano quitó la capa verde acumulada en la superficie y con la otra empujó suavemente la cabeza febril. El herido sacudió el pelo empapado y cerró los ojos, resoplando por la boca y la nariz, satisfecho.

—Está fría.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Esperemos a mañana.

—No. Ya esperamos bastante. Dentro de un rato amanecerá y será peor. Conozco a un médico que está metido en esto. Vamos hasta la carretera.

Siguieron por la orilla, sin atreverse a sacar el cuerpo más allá del tope superior de las hierbas. El puente estaba cerca. Ya divisaban la mole negra suspendida entre los dos terraplenes. Y llegaron. Entonces se acostaron boca abajo, tendidos en un lado del terraplén.

—¿Por qué no esperamos? —insistió el enfermo.

—¿Qué vamos a esperar? ¿A que nos cojan?

El herido tosió. Y vomitó sangre.

—¿Qué pasa?... Ya lo sabía. Tienes más heridas. Aguanta un poco. Ya verás que todo nos sale bien. Siempre hemos salido bien.

Llegaba una luz lejana, taladrando la neblina que comenzaba a formarse sobre sus cabezas.

—Quédate aquí. Yo la detendré.

Sacó la pistola bajo el cinto y se parapetó tras el comienzo de la baranda de concreto. Ya la máquina entraba en el puente. Entonces salió y les apuntó, gritándoles.

—¡Alto! Paren, paren...!

Fue un frenazo, primero. Después, una ráfaga de plomo. Y el cuerpo volvió a quedar tendido sobre el declive del terraplén, con la cara metida en la hierba.

Los hombres uniformados bajaron. Y al alumbrar vieron al otro, comido por la fiebre y el dolor.

—¡Estoy herido! ¡No tiren!... No hay más... —pudo gritar.

Pero las balas le dibujaron una trágica cenefa de la cabeza a los pies.

Luego, el silencio. Y la neblina amortajando amorosamente los dos cuerpos.

La patrulla siguió el camino, perdiéndose en la noche.

A la entrada del pueblo, se encontraron con los dos policías.

—¿Qué pasó? Oímos los disparos —dijo el más gordo.

—Allá en el terraplén de junto al puente hay dos. Cuídenlos hasta que amanezca.

—Deben ser los que perseguíamos.

Y se quedaron junto a los cadáveres, sin atreverse a enfocarlos con la linterna, esperando el alba.

La densa neblina demoró en aclararse. Ya había amanecido. Los cuerpos, las cosas que los rodeaban, fueron dejando sus formas fantasmales. Entonces miraron.

—Es un mulato y un blanco —dijo el policía flaco. Y le dió vuelta a uno de los cadáveres con el pie.

—¿Lo conoces?

—No —respondió el policía gordo, al mismo tiempo que le daba una patada al otro cuerpo, que rodó, quedando boca arriba.

—Tampoco a éste —siguió diciendo—. Bueno, ya es hora de que vengan a buscarlos. Hoy es Navidad y tengo invitados. ¿Quiéres ir a darte un trago con nosotros?

El policía flaco no le contestó. Tenía los ojos fijos en la cara sonriente, de ojos abiertos que lo miraban con fijeza, con una fijeza azul húmeda de rocío y de luz nueva.

—¿Qué te pasa? —preguntó su compañero.

—Es mi hijo. . —balbuceó.

Y no pudo decir más.

Dos cuentistas cubanos

Tengan los descreídos sus "caprichos". Niéguese que haya o no en Cuba una literatura, si es que se desea hacerlo. Pero escamotearle talento, sensibilidad y oficio, a quienes los posean es acusar una total ausencia de conocimiento, confianza e integridad. LUNES por su parte, labor que le corresponde, hará destacar a quienes gocen de la calidad artística y humana que se precisan para realizar una obra de arte. González de Cascorro y Rodríguez Tomeu dan muestra de ello. A los lectores corresponde comprobar lo antes dicho.

Ilustraciones de Guerrero



LA TAZA DE CAFE

por rolando ferrer

Personajes

ZOILA, negrita joven, criada de la Marquesa
QUINDELAN, su novio
ANUNCIA, gallega criada de la Marquesa
PEDRO, mayordomo
YIYO, guajiro
IRMA, mujer joven
MARQUESA, mujer rica de 50 años

La escena

Jardín de la casa de campo alquilada por la Marquesa para reponerse de una enfermedad imaginaria. La finca está situada en un lugar de moda. Vemos un césped bajo, sobre el cual, muebles de hierro blanco son el único mobiliario. En algunos lugares, plantas de jardín sobre jarras de yeso de pésimo gusto. La casa, a la izquierda del espectador, no se ve. Junto a la portería que da acceso a la finca, los altos mangos se vuelcan por encima de la tapia hacia la calle. Un negro joven con camisa rosada y pantalón y sombrero blanco, de espaldas al público, oculta un cuerpo de mujer entre su cuerpo y el otro cuerpo del mango. Son las diez de la mañana.

ZOILA: Suéltame ya, es muy temprano. Me dejas que después no puedo hacer nada, ¡y tengo tanto que hacer..! **(Quindelán la abraza, la besa. Zoila suplica)** ¿tú me estás oyendo, Quinde? Si tu no trabajas, yo sí, ¡y duro! **(pausa)** Quinde, óyeme: yo quiero tener un lugar mio, Quinde. Está bien que seamos pobres, pero... un cuarto, un cuartico lo tiene hasta un perro. A las cinco me levanta la Anuncia ésa **(Quinde la besa)** ¡Suéltame!, ¡te prendes..!

QUINDE:— No te pongas así. Ya tendremos de todo. Hay tiempo. Así estamos bien. Tu sabes como está la cosa. Yo trato; pero... **(Zoila se desprende de sus brazos)**.

ZOILA:— Pero, pero, ¡siempre pero! Barros, trapeo, de un lado para otro hasta las diez de la noche. ¡Me duele el cuerpo, Quinde! Yo sé que no hay mucho trabajo, pero búscalo, haz algo, lucha. Estoy cansada de oirle a la marquesa lo de negra, a toda hora. ¡Pero para ti hay tiempo!

QUINDE:— Un día de éstos no lo va a decir más, porque te voy a llevar y... **(la besa fuertemente en la boca. Zoila se desprende de sus brazos, incrédula)**.

ZOILA:— Un día de éstos... Un día de éstos ni tu ni élla me van a ver más **(se deja caer en una silla, cansada)**.

QUINDE:— Vamos, viejita, que te pones fea. ¿Mañana, como siempre?

ZOILA:— (ausente) ¡Cómo siempre! **(Sale Quinde, seguro de sí mismo. Zoila cierra los ojos. Acaricia la silla. De pronto, da con el puño en uno de los brazos)** ¡Un día de éstos! **(entra Anuncia con periódicos y revistas que coloca sobre la mesa)**.

ANUNCIA (CON SORNA):— Sabes lo que me pareces sentada en esa silla? Una mosca en un vaso de leche **(Zoila se levanta bruscamente, y le da una galleta. Anuncia hecha a correr hacia la casa, gritando)** Ahora ve a decírselo **(pausa)** ¡Maldita sea mi suerte! **(Va a salir. Entra Peruco, de la calle, molesto)**.

PERUCO:— Ahí está el negro, en la esquina.

ZOILA:— El negro no. Quindelán.

PERUCO:— ¿Y yo? ¿No quieres adelantar?

ZOILA:— ¿Qué adelanto es ése? Yo quiero un cuarto para mí. Sola. Para no ver tus baboseos con la gallega. A mí me importa poco lo que hagan, Pero no en mi cuarto.

PERUCO:— Si quieres te quedas tu y la sacamos a élla **(la toma del brazo)**.

ZOILA:— ¡Saca!

PERUCO:— ¡Bruta! ¿Eres racista, eh?

ZOILA:— Yo no soy racista; pero para lo que tu quieres, el que yo quiero. **(Sale Peruco. Entre las ramas del mango asoma la cabeza de un vendedor de naranjas. Chifla, Zoila abre la portería)**.

ZOILA:— Pasa.

YIYO:— ¡Ei...

ZOILA:— ¡Ei, Yiyo!

YIYO (RIENDOSE):— ¿Cómo anda la Marquesa?

ZOILA:— Con éste van seis meses que no cobro. **(Yiyo ríe. Luego hay una pausa)**.

YIYO:— Tu eres racista?

ZOILA:— ¿Por qué me lo preguntas?

YIYO:— Porque ése te lo preguntó...

ZOILA:— Tu oiste lo que le contesté.

YIYO:— Sí, pero...

ZOILA: ¿Entonces..?

YIYO:— No, nada... yo pasaba., los oí hablando. Yo no quería oir; pero me quedé allí por si seguía.

ZOILA:— ¡Seguir! El sabe bien.

YIYO (TIERNO):— ¿Y tú?, ¿tú sabes bien?

ZOILA:— ¿Qué?

YIYO:— Me estoy cansando de esperar.

ZOILA:— Eso no puede ser, Yiyo. Está Quindelán. Llegó primero. Y a mi no me gustan ni tres ni cuatro. Yo no tengo la culpa. ¡Ojalá pudiéra! Nos iríamos al campo. Yo sé que viviría mejor contigo, cerca de la familia. Hace tiempo que no voy a casa. **(saca un dinero del bolsillo)** ¿Cuándo vas tú?

YIYO:— El sábado **(Toma el dinero de manos de Zoila)** ¿Para la vieja? **(Zoila asiente)**.

ZOILA:— No le digas nada de lo que me pasa. No quiero trajines.

YIYO:— Yo no soy chismoso.

ZOILA:— Lo sé. **(Pausa larga)** Yiyo, yo creo que ya no lo quiero tanto, pero quiero que él luche. Yo tengo esperanzas.

YIYO:— Así estaba mi hermano, que no lo movía ni una yunta. Pero ahora despertó. Trabaja bien, contento. Ayer pidió a una muchacha. Bueno, a Julita, la hija de Aurelio. ¿Tú te acuerdas?

ZOILA:— Si...

YIYO (MIRANDOLA A LOS OJOS):— Quieren casarse para fin de año...

ZOILA:— ¡Ah, si!

YIYO:— Si.

ZOILA:— Gracias por venir. **(Intenta irse. Yiyo la detiene. Le da unas naranjas)** Para tí. Cuando te canses de la marquesa, le das una patada y vienes conmigo a vender naranjas.

ZOILA:— **(Riendo)** Bueno. Gracias. Adios

YIYO:— Adios. **(Sale Yiyo. Se oye su pregón de Yiyo: Naranja de China. Zoila se lleva la mano al riñón y sale. Se oye el pregón más lejos. Dos fiñes tocan la campanilla de la portería, luego echan a correr, riendo. Peruco sale a ver quien toca. Luego entra Anuncia, llorosa. trae un plumero en la mano)**.

PERUCO:— ¿Jirimiqueando?

ANUNCIA:— Esa fiera me ha insultado. ¡Y tú la tratas como a una reina! Las cosas que tiene que aguantar una cuando deja su tierra. **(Sacude)** Si viene la beata, hazla pasar.

PERUCO:— ¿Qué beata?

ANUNCIA:— La que viene de parte del padre Robledo.

PERUCO:— ¿Viene a ver a Victoria?

ANUNCIA:— ¡Cállate, por Dios! No la llames así

PERUCO:— Yo puedo.

ANUNCIA:— Si, tu si. ¡Tan sinverguenza! Si yo sé éso, no te traigo. "Yo te quiero, Anuncia". Si. Ver Muerta **(pausa)** ¡Y parecías tan inocente! Parecía que no rompías un plato. **(Anuncia jirimiquea otra vez)**

PERUCO:— ¡Ah, chica! Para qué voy a disimular. ¿Qué tiene de malo? Primero entré de chofer, luego me fui acercando. Hay que aprovechar. El que no tiene educación, tiene su cuerpo.

ANUNCIA:— Y sus mañas.

PERUCO:— De mañas no hables, que no quiero vomitar. **(Sale Peruco. Anuncia, todavía llorosa, termina de sacudir la mesa y de ordenar los periódicos y las revistas. Sale. La puerta queda abierta. Aparece Irma, Timida de negro. Mira el lugar un poco anonadada. Refleja en el vestir una digna pobreza. Llama por tres veces. Espera un momento, luego entra. Sale, Peruco)**.

PERUCO:— ¿La puerta estaba abierta?

IRMA:— Si, yo llamé...

PERUCO:— Ya lo oí **(La mira groseramente)**.

IRMA (MOLESTA):— La señora marquesa...

PERUCO:— La está esperando.

IRMA:— Yo no creo que élla...

PERUCO:— Siéntese. Viene enseguida **(Sale Peruco. Irma se sienta, sorprendida. Toma una revista de la mesa. Trata de leer. entra la marquesa: nueva rica, nueva marquesa, con un negligee inapropiado para su edad. El aparente refinamiento no logra encubrir la avidez y la arrogancia del nuevo rico)**.

MARQUESA (HACIA LA CASA):— Zoila, el café. **(A IRMA)** Me molesta tenérselo que pedir a élla. Es una negra imposible; pero Anuncia trabaja en la habitaciones, porque le gusta más. Y yo no puedo hacer nada sin la tacita de café. Apenas me levanto, la pido. Claro que es un veneno, pero ¡qué le voy a hacer! El doctor Estrada y el Doctor Armenteros, dos celebridades en Dietética, me insisten siempre. Son maravillosos. Hicieron su carrera en el Norte. Para mi, Dios en el cielo y éllos en la tierra. También allí conozco celebridades: los doctores Anderson y Frost. El Doctor Frost me explicó por qué los americanos desayunan tan copiosamente: la vesícula, que ha estado toda la noche sin trabajar, necesita alimentos donde actuar; si no actúa, actúa sobre élla misma. Es la única costumbre que me queda de este país.

Pero, ¿qué le voy a hacer? Yo he viajado mucho. Aquí están muy atrasados. En cambio, ¡los americanos...!; porque los franceses, bueno, sí, el esprit ése de que hablan, pero ninguna comodidad. París es una ciudad sucísima; Venecia es un bluff, un agua sucia y un mal olor terrible. El doctor Anderson opina igual que yo sobre Venecia. Para mi, el Norte. Allí la comodidad es una religión. Allí, con dinero se tiene lo que uno quiera. Y así debe ser. Cuando estoy aquí, que es muy poco el tiempo, me voy fuera de la ciudad. A mis amigas las llamo por teléfono. Casi siempre hablamos en inglés. **(pausa)** Todavía estaré aquí un tiempo por mi enfermedad. Mi marido murió hace un año y me ha dejado muy deprimida. No hago nada en

todo el día. Aquí no hay fiestas; además, no podría ir por el luto. No está bien. Por lo menos, hasta dentro de unos meses. Pero, bueno, este es un lugar de moda, de lo mejorcito. A veces vienen algunas amigas —tres veces por semana, exactamente— y jugamos canasta. El highball no falta, ¡claro! Son graciosísimas. Los otros días... ¿se dice los otros días, o el otro día?, bueno, dá igual, los otros días, como no teníamos nada que hacer, nos aprendimos de memoria todos los aniversarios nupciales. Son treinta y ocho. Yo fui la que los aprendió más rápido. Fíjese: de Papel, de Algodón, de Cuero, de Flores, de Hierro, de Lana, de Bronce, de Barro, de Lata, de Muselina, de Seda, de Encaje, de Loza, de Cristal, de Cáñamo, de Mimbre, de Vino, de Trigo, de Porcelana, de Acero, de Cobre, de Aluminio, de Celuloide, de Plata, de Sándalo, de Cromo, de Frutas, de Estaño, de Perlas, de Coral, de Rubí de Zafiro, de Oro, de Esmeralda, de Diamantes, de Platino, y de Brillante. **(Pausa)** ¡Ay, estoy ahogada! **(Hacia la casa)** Zoila... el café **(Pausa)** ¿Qué lee usted? ¿la revista de los clubs? **(Irma, tímida, suelta la revista)** Permítame **(Toma la revista. Lee)** Los ganadores de las últimas regatas **(Pausa)** ¡Qué horror! Perdió. ¡Qué triste es eso! ¡Imagínese! Un muchacho que está dando su vida por la natación. Es riquísimo y no se ocupa de otra cosa. Es un muchachote alto, trigueño, de ojos verdes... ¡si yo tuviera una hija... la casaba con él! Claro que yo soy muy joven para tener una hija con compromiso. Le regalaré unas corbatas. Viste muy bien. Sí, luego lo llamaré por teléfono **(Para no descubrirse)** Es el hijo de mi mejor amiga. Casi hermano para mí. Pero no quiero demorarla más. Además, necesito mi tiempo.

IRMA:— Yo he venido...

MARQUESA:— **(Hacia la casa)** ¡Zoila...! ¡Es la tercera vez que te pido el café...! La servidumbre es como para enfermarla a una. La esclavitud fue un gran acierto. No puedo reponerme de esa pérdida **(Toma la estilográfica y comienza a llenar un cheque)** Mil serán bastantes, ¿No cree? **(Irma abre los ojos sorprendida)** Bien. Pondré mil quinientos. Mas, no puedo **(Irma crece en asombro)** No es para tanto. El que tiene dá al que no tiene. Supongo que ésto no quedará en el silencio. Es importante que la caridad se conozca. Así se imita **(Entra Anuncia con un teléfono de extensión)**.

ANUNCIA:— El Padre Robledo, Señora Marquesa.

MARQUESA:— **(Descolgando el auricular)** Aló. Bien, muy bien. Sí, lo vi. Estaba usted leyendo el periódico. Sí, le contesté el saludo. Siempre tan pulcro. Hace muy bien. La presencia es muy importante. No le daría un centavo a un cura sucio. Bueno, es lo mismo cura que padre, ¿o es qué acaso no tenemos confianza? Supongo que después de tantos años de amistad no irá a ofenderse por una simple broma. En cuanto a ese curita joven que me presentó la última vez, no me lo traiga más aquí. Le ha dicho a una amiga mía que el automóvil que le regalé a usted es viejo y gasta mucha gasolina. ¿Qué quería él?, ¿qué le regalara uno de los nuevos...?; ¡y a mí que me importa para que institución es! Sí, sí, todos los días hay más gente a quien ayudar. Yo no sé a dónde vamos a parar. **(Alarmada)** ¿El cheque? Sí, ahora mismo lo estaba haciendo para enviárselo con élla. **(Alarmada)**, ¿Cómo **(Mira a Irma)** ¿Enferma? No es posible. Le digo que no es posible, porque en este momento está aquí. **(La observa detenidamente)** Sí, de negro. ¿El pelo? Oscuro. **(Irma se inquieta)** ¿Rubio?. Sí, enseguida. **(A Irma)** ¿Cómo se llama usted hija mia??

IRMA:— Irma. ¿Por qué?

MARQUESA:— Irma, Padre. **(Más alarmada)** ¿Está usted seguro? ¿Ana? ¿Ana María? **(Irma se levanta aterrada)** Siéntese. No se mueva. Sí. **(gritando)** ¡Pedro...! ¡Pedro...! **(Cuelga violentamente)** Tendrá que explicarme quién es usted. ¡Peruco...! ¡Peruco! **(Vigila a Irma. Irma se echa a llorar, nerviosa. Entra Pedro)** Llame a la policía. Tenemos una ladrona en la casa. **(A Irma)** No se mueva.

IRMA:— No, eso no. Mi nombre es Irma Gómez Estrada, la hija de su hermana Ester. Usted empezó a hacer el cheque... Yo protesté. Me sorprendí tanto, que no supe qué decir. Estoy tan necesitada, y tengo tantos problemas que creí que era un milagro.



MARQUESA:— ¿La hija de mi hermana...? **(La observa con atención. Luego se dirige a Pedro)** ¿Qué nombre te dio al entrar?

Pedro:— Ninguno. Yo creí que era la beata. Como venía de negro... así... ¡seria! Preguntó por la Señora Marquesa y la hice pasar.

MARQUESA:— ¡Idiota!, hay que tener cuidado a quién se le abre la puerta.

PEDRO:— Perdone, Señora Marquesa. ¿No aviso?

MARQUESA:— No, espera. **(A Irma)** ¿Tiene usted algo que la identifique?

IRMA:— Sí, mi pasaporte **(Se le cae la cartera, La recoge, llora, se le vuelve a caer)** Pensé irme a trabajar a los EE. UU. También un retrato de mi madre **(Da todo a la Marquesa. La Marquesa observa el pasaporte y el retrato minuciosamente. Los devuelve a Irma. La Marquesa se dirige a Pedro)** Puede irse **(A Irma)** Su nombre no es Irma Estrada. Es: de Estrada.

IRMA:— No lo sabía. Nunca me lo dijeron.

MARQUESA:— **(Firme)** Evidentemente es Usted hija de Ester. ¿Se puede saber qué quiére?

IRMA:— Usted sabe que mamá murió.

MARQUESA:— No lo sabía. Muy lamentable.

IRMA:— Hace un año. Papá murió antes, cuando yo tenia once.

MARQUESA:— **(En el mismo tono)** Lo siento mucho.

IRMA:— Y por último..., hace cuatro meses..., mi marido. Era mecánico. Un error... el chofer del camión... echó a andar..
No sabía que Juan estaba debajo.

MARQUESA:— Una verdadera tragedia **(Dura)** ¿Y qué tengo que ver yo con todo éso?

IRMA:— Juan trabajaba por su cuenta. Ninguna compañía, ningún sindicato. Nada que nos protegiera en caso de accidente.

Unas semanas después empecé a sentirme mal. Creí que era por la muerte de Juan. Una amiga me llevó al médico. Estaba en estado. Me recomendó una buena alimentación si quería salvar al niño. Me recetó muchísimas medicinas **(Enseña las recetas. Llora)** Pero, ¿cómo?. He estado viviendo de un dinerito que él dejó; y sólo me quedan treinta pesos.

MARQUESA:— **(En Guardia)** ¿Y en qué puedo ayudarla yo?

IRMA:— No sé. Sí. Vine para que me aconsejara; para que me recomendara entre sus amistades... necesito trabajar. No tengo más parien-

tes. Mi marido era huérfano. Tampoco tengo amigos, él era celoso.

Mi madre no me enseñó sino el trabajo de la casa **(Pausa)** Yo no la conocia a Usted. No sabia de su existencia. Ni mamá ni papá me hablaron de Usted. Me decian que no tenia en el mundo más que a éllos. Mamá guardaba un retrato de familia: abuela y élla abrazada a una niña de su misma edad **(La Marquesa palidece)** Me decia que era una hermana, pero que habia muerto. Perdone, era Usted.

MARQUESA:— ¿Cómo supo que era yo?

IRMA:— Hace dos semanas más o menos. Le compraba flores a un florero, en la esquina de casa, para ponérselas al retrato de mamá. Usted sabe que las flores las envuelven en hojas de periódicos o de revistas...

MARQUESA:— No sé nada de éso, mis criadas se ocupan de esas cosas; pero ya sé a lo que se refiere: en la página SOCIALES de LA REVISTA DE LOS CLUBS, del once de Junio, salió publicado el tal retrato de familia. La página, en la cual se publican siempre fotografías de la infancia de nuestras mejores familias, fue idea de un cronista amigo mio. No tuve más remedio que darle la que tenia, la única que guardaba, y la única presentable. Perdone si la ofendo. Es un hecho y a mi me gusta hablar claro **(Pausa).** Si su madre de Usted no se hubiera casado con un pobrete, y si se hubiera callado la boca antes de decirme todo lo que le dio la gana, para ofenderme, cuando me casé, nuestras relaciones fueran otras. Además, a mi no me gustaba el oficio de costurera. Si élla se resignó y quiso ser mártir, no fue culpa mia. Pero no es el caso **(Pausa).** Usted recibió el periódico por medio del florero, o de quién fuera; reconoció usted a la hermana de su madre a quien creia muerta; comprendio que era la misma fotografia que usted guardaba, y por lo tanto, se dio cuenta de que venia a ser sobrina de la rica marquesa de la revista. El retrato publicado, al igual que el que usted guarda, tiene escrito, con letra y puño de mi padre, el nombre de todos nosotros, con lo cual se prueba, comparando las dedicatorias, que yo no soy marquesa. Usted ¡claro! podria ir a los periódicos y demostrar que soy una Juana Pérez cualquiera nacida ¡sabe Dios dónde!. Podria usted decir, además, porque mi hermana, es decir, su madre, la habrá puesto al corriente de que... yo conoci a un extranjero, un comerciante rico, que tampoco era marqués; que dejé la familia para irme con él porque estaba cansada de la miseria, y porque queria ser alguien, que nos casamos en cualquier parte y que me refinó, es decir, que nos refinamos a fuerza de viajes **(Zoila entra a preguntar algo. Se detiene y oye)** Como usted es muy inocente, no sabe en qué momento nos convertimos en marqueses y podria probar que no lo he sido nunca **(En todo el monólogo, Irma intenta protestar; pero la Marquesa, enérgica y desbordada la obliga con la palabra)** Y como mi marido está muerto y no tengo quien me defienda, haria usted de mi lo que le diera la gana, ayudada por la prensa negra **(Pausa)** Y, ésto del titulo se comenta, pero sin prueba alguna; de la misma manera que se calumniaba a mi pobrecito marido llamándole agiotista, y todo porque era un hombre listo, que sabia cómo hacer miles de pesos en un dia. **(Zoila, enterada, sale sin ser vista).** Nunca, nunca pensé a mi hermana capaz de éso. Y ahora, la hija de mi buena y dulce hermana Ester, tiene en sus manos el gran escándalo. ¡Qué horror!, ¿de cuánto es el chantaje?

IRMA:— ¡Señora! **(Se levanta. Indignada, echa a andar hacia la puerta)**

MARQUESA:— Un momento. ¿Cuánto más hay que ofrecerle por las lagrimitas?

IRMA:— Yo no he venido a pedirle dinero.

MARQUESA:— ¡Irma! Siéntese. **(Irma regresa y se sienta)** Entonces...

¿qué es lo que quiere? **(Muy molesta, hacia la casa)** ¡Zoila...! ¡el café...! **(Irma no responde)** Supongo que en la situación en que se encuentra, tendrá que hacer algo. Si usted realmente, no quiere dinero, y no lo tiene; si no tiene parientes, ni amigos, ¿qué le queda?, ¿el suicidio?, ¡muy bonito! Le encontrarian el retrato. Muchos jueces me conocen. Un juez es el marido de mi mejor amiga —la madre de este muchacho nadador— La más exclusiva sociedad lo descubriria —me refiero a lo del titulo, claro, y a lo de la parentela. A ver, digame entonces de qué modo se le puede ayudar. Dinero no puedo darle. Tengo un capitulo anual en mi presupuesto, destinado a obras de caridad, para instituciones reconocidas. Ese capitulo está agotado. De darle algo, tendria que sacrificar al cura, lo cual no me conviene. Además, no me gusta que me fuercen a soltar dinero.

IRMA:— Solamente queria trabajo.

MARQUESA:— ¿De criada, no? Una mujer que sólo sabe atender la casa, y la pierde, sólo podrá emplearse en la de otros. La recomendaria a mis amigas, y asi estaria usted espléndidamente situada. Con sólo abrir la boca, me tendria temblando. No, mi amiga, no va usted a chantajearme eternamente con un ridiculo retrato de familia. Además, con una piedra en la barriga, no se puede trabajar.

IRMA:— **(Digna)** Deberia callarme y dejarla con las dudas; pero desgraciadamente no me enseñaron esas cosas. Mi madre murió de cáncer. Como no se sabe si la enfermedad se trasmite, quemé todas sus cosas pensando en mi hijo, y con éllas el retrato. Puede usted estar tranquila. Buenos dias. **(Intenta salir. La Marquesa la detiene)**



MARQUESA:— Irma, si lo que usted dice es cierto, le daré trabajo. Desde luego, que usted no repetirá esa historia. No es que me preocupe ya. Usted misma me ha asegurado que no hay pruebas, que quemó el retrato. Piense en su hijo. Le conseguiria una casa rica donde le pagarian bien. Yo conozco familias que tratan bien a los criados. Tengo buenas relaciones y gasto un dineral al año en regalos. Estoy segura de que su baby estará bien cuidado. Y éso es lo único que debe preocuparle en estos momentos, si tiene sentido común. **(Irma regresa)** Siéntese. Tomaremos café juntas; sólo que me entregará usted su cartera para estar segura, y luego iremos a su casa, y Peruco, digo, Pedro y yo, registraremos todo. No se ofenda, la creo, pero soy muy impresionable, y no estaria tranquila si no tuviera la certeza **(Hacia la casa)** ¡Pedro...! **(A Irma)** Póngase cómoda, Irma. ¿Irma es su nombre, no? Irma es un nombre bonito. Yo tengo una amiga, una muchacha muy rica que se llama Irma. ¡Elegantisima! Cuarenta mil pesos le costó la habilitación cuando se casó. Luego el marido le botó, jugando, casi la mitad de la fortuna y tuvo que divorciarse. ¡La pobre! Pero ya se casó de nuevo, y con un hombre más rico que el primero. Ahora están en Europa. Un caso lamentable. Parecidisimo al suyo. Parece que las Irmas son fatales. **(Entra Peruco).** La señora te dará su cartera, Pedro. Dame cualquier retrato que encontraras **(Irma le da la cartera a Peruco) (A Irma)** No se sorprenda de que lo trate de tú, el es de confianza **(A Peruco)** La señora tomará café conmigo, luego esperará a que me vista e iremos a su casa. Tú irás con nosotras. Dile al chofer que tenga la máquina preparada. **(Se levanta)** ¡Zoila...! ¡Zoila...! ¡A esa negra la voy a botar! **(Sale en busca de Zoila, Peruco, que no ha encontrado ningún retrato en la cartera, la devuelve a Irma. Le sonrie. Irma se mantiene digna. Cuando Peruco va a salir, se oye un grito de horror: es la Marquesa. Sale Peruco. Vuelve al poco rato sosteniendo a la Marquesa. La Marquesa cae en un sillón con un ataque de histeria)**

PERUCO:— **(Alarmado)** Siéntese **(La abanica con la revista de los clubs).**

MARQUESA:— ¡Ay...! ¡ay...! Que se vaya, que la maten. Mátala, Peruco. ¡Ay...! ¡ay...! Yo vomito, ¡Ay...! Yo no como más. Ya no podré comer más **(Irma no sabe qué hacer. Esta asustada. Peruco trata de calmar a la Marquesa)** Vete, vete, déjame sola. Vigilala, no vaya a robarse algo. ¡Negra!, ¡negra tenia que ser! **(Peruco sale)** Yo me voy a morir, yo me muero. Yo voy a matarla. Yo la mato, ¡la mato...! **(Pausa)** ¡Con todo lo que he hecho por élla! Después que le he dado mi ropa para que la usara. Ropa mia, buenisima: vestidos de moaré, de satin, de gasa. ¿Y sabe lo que estaba haciendo en la cocina? ¡Ay... yo me muero! ¡Me estaba escupiendo el café! ¿Y sabe lo qué me dijo? Que hacia cinco años, cinco años que me lo escupía, ¡dia por dia! **(Golpea los sillones)** ¡Cinco!, ¡cinco años! ¡Ay..., yo me vuelvo loca! ¡Ay...! **(Se echa a**

llorar, víctima de la rabia. Irma no sabe cómo reaccionar. Un niño se asoma al enrejado de la portería. Escucha) Si, le pegué. La voy a llevar a un tribunal, a que la encierren. Me moveré, la condenarán. Tengo amistades. Porque... supóngase que sea mentira; que solamente hoy la haya escupido... ¿cómo yo lo averiguo? ¡Es para volverse loca! **(Llora de nuevo)** ¡Y creen que la vida de una es fácil! ¡Qué tener dinero es bueno! Si... ¡fácil! Vive una rodeada de enemigos. Usted lo ha visto. Usted ha visto las cosas contra las cuales tengo que luchar. Usted se ha dado cuenta. Usted ha sido testigo. Si mi marido estuviera vivo, sería distinto. Yo estoy segura que la mataba. Mi marido trataba a los criados como se merecen: con la punta del pié **(Gritando, histérica)** ¡Qué se vaya...! ¡Que se vaya enseguida! ¡Peruco...! ¡Peruco...! **(A Irma)** Irma, yo creo que... es mejor que se quede en lugar de élla, que te quedes. Después de todo, somos familia. Eres mi sobrina, la hija de mi hermana. ¡Qué lindos ojos tenía tu madre!. Antes no tenía empleo que ofrecerte, pero ahora, ahora puedes quedarte. Todo está en que guardes ese pequeño secreto entre nosotros. Aquí



estarás bien, mejor que en otro lugar. Estarás protegida. Tú no sabes dónde puedes caer. Te daré un buen sueldo. Tu hijo tendrá de todo, no le faltará nada. ¡El angelito! Y yo estaré segura de lo que como, ¡al menos de eso! Después de todo, eres mi sobrina: una muchacha fina, incapaz de un horror como ése. Eres una persona decente; eso se ve por encima de la ropa. Realmente, mi hermana te educó muy bien. Iremos a tu casa, veremos lo del retrato, como habíamos convenido, y vendrás para acá. Tendrás aquí a tu niño, con toda la atención médica que requiera. **(Irma observa a la Marquesa en silencio, con desprecio. Entra Anuncia).**

ANUNCIA:— Me lo dijo Peruco, señora Marquesa. Ya yo le estoy haciendo su café. Ya yo se lo había dicho que era una sinvergüenza. Yo le traigo su café enseguida. ¿Lo va a tomar, verdad? ¿Verdad, señora Marquesa?

MARQUESA:— ¡Qué estúpida eres! ¿Cómo vas a hablarme de café ahora? Todas son iguales **(Pausa)** Espérate Sí. Traémelo. No va a darse el gusto de quitarme el café. Ahora, vete **(Sale Anuncia)** A ésta la traje de España, pero tampoco me fío.

UNA VOZ, FUERA:— Hay un jelengue, que no se entiende **(Se oye reir en la portería. También la voz de Zoila, dentro de la casa: "No me toques, que me registre élla" Entra Zoila, detrás Peruco. Zoila trae una maleta, vieja. La pone sobre la mesa, entre la Marquesa e Irma. Abre la maleta, saca las piezas, una a una. Explica).**

ZOILA:— Una caja de polvos, una mota vieja, tres refajos, viejos, dos pares de medias, viejos, un traje de satín, viejo **(La Marquesa está lívida de rabia)** un pañuelo de cabeza, viejo; un corpiño de moaré, roto; un par de zapatos, viejos **(Peruco la acecha)** Todo me lo cobraste, señora Marquesa; y, además, como no me pagas, no puedo comprarme nada nuevo. Se me pasan los meses esperando que me pagues, y me voy poniendo vieja, más vieja que tú.**(La Marquesa, a duras penas, puede contenerse, Peruco intenta detener a Zoila)** Cuidado, Peruco, que sigo hablando**(Peruco se detiene)** Ah, se me olvidaba: un ajustador, viejo. Y, ahora, como no me vas a pagar los seis meses que me debes, lo voy a gritar para que se entere todo el mundo. **(Gritando)** La Señora Marquesa no me paga hace seis meses, pero pierde cien pesos en un canasta party; la Señora Marquesa no le preparaba una bolsa de hielo a su "pobrecito marido" por no estropearse las uñas; la Señora Marquesa le dice a sus amigotas: pues a mí, hija, no me duele ni un callo. **(Zoila, casi llorando)** Pues a mí, si me duele. ¡Y bien que me duele! **Zoila guarda todo en la maleta, y se marcha con ella medio abierta. De pronto se detiene. Saca un pantalón de mujer y lo enseña al público de la portería, gritando)** Un pantalón. No tan grande como los de la Señora Marquesa **(La gente de la porteria delira. Se oyen frases como éstas: "Agua de lluvia", "Almendra", "Sube, negra". Peruco le va arriba a Zoila. La gente protesta: "No te metas, tú, manganzón". Zoila es una fiera. Le da una galleta a Peruco)**

ZOILA:— No te metas tú, manganzon, guataca. Vete a quitar la ropa del difunto. Déjala a élla que venga. **(A la Marquesa)** Anda, ven, ven y págame el sueldo de los seis meses, el dolor en los riñones. Ven, anda, sal para la calle, Marquesa de pacotilla. Sal y trae el título que compraste en España. ¡Agiotista! **(La Marquesa se abalanza sobre Zoila con un grito. Irma está aterrada, inmóvil. Peruco logra separar a Zoila. Entra Anuncia, deja el café sobre la mesa, y entre ella y Peruco se llevan a la Marquesa que grita estentóreamente).**

ZOILA:— **(Mofándose)** ¡Ay...! Sujétame, Peruco,
que me muero, Peruco,
protégeme, Peruco.
(Todos rien. Ya fuera, en la calle, Zoila arroja hacia la finca de recreo todo su equipaje. La muchedumbre corea)

ZOILA:— Coge, Marquesa, un peine roto **(Coro)** zapatos viejos **(Coro)** Te los regalo, Marquesa. Te regalo el sueldo, ¡y los riñones! **Coro)** Soy rica... soy rica... **Arroja también la maleta para dentro de la finca)** rica..., rica... **(Todos se van gritando detrás de ella. Queda la escena sola, con Irma, asqueada, anonadada. De pronto, se echa a llorar aflojando la tensión. Poco a poco se va serenando. Entra Anuncia, muy nerviosa.**

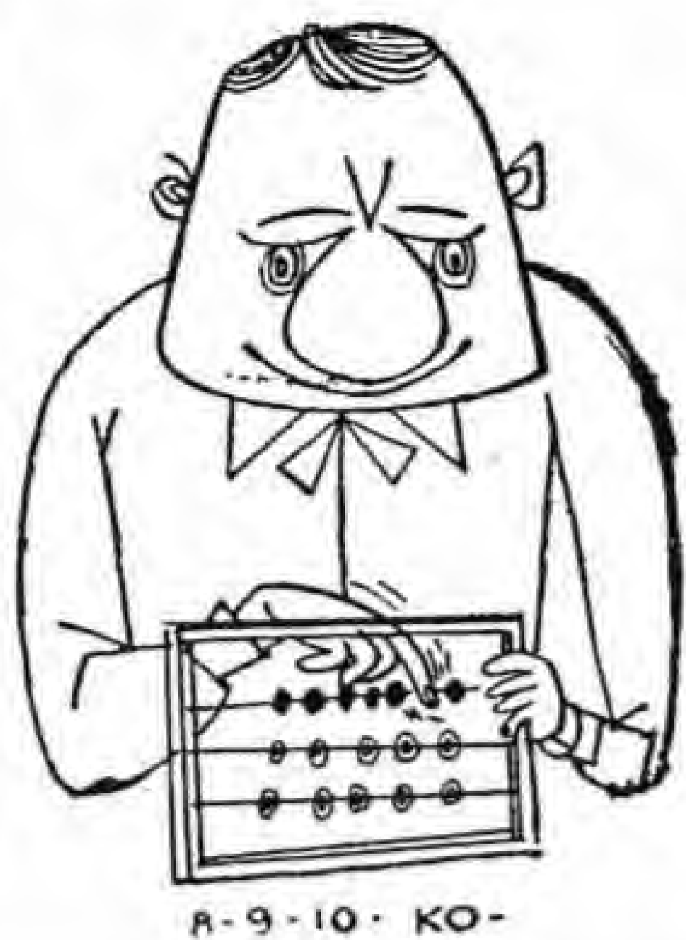
ANUNCIA:— ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¿Tú eres Irma, verdad? ¿Tú eres la que va a tener el niño? ¿Te has quedado nerviosa, verdad? ¡Mira que escupirle el café! La señora Marquesa te llama, te necesita. Tú te quedas, ¿verdad? Llévale su tacita de café, con poquita azúcar. ¡Qué horror! ¡Pobrecita! ¡Está desesperada. Date prisa, te está llamando y no le gusta que la hagan esperar. **(Sale Anuncia. Irma, como una automata se acerca a la cafetera de plata. Una vez ante ella no sabe qué hacer. Anuncia llama: ¡Irma...! Irma titubea. Toma la taza, sirve lentamente el café. Anuncia llama: ¡Irma...! algo hipnótico se establece entre la muchacha y la taza. Anuncia la llama: ¡El café de la señora Marquesa...! Lentamente, como fuera del mundo, Irma va acercando la taza de café a su boca mientras un gesto involuntario de los labios anticipa lo inevitable Anuncia llama: ¡Irma...!, ¡Irma...!, mientras cae el telón.**

"LUNES" reconoce en Rolando Ferrer un joven dramaturgo valiente, honrado, fiel a su propósito de ofrecer a la escena nuestra —de tan escasas virtudes— una obra virtuosa. La Taza de Café, lo es; una pieza de teatro cubano donde abunda valientemente, con honradez y fidelidad eso que en términos de creación se llama virtud. Su autor nos comunica que próximamente será estrenada en La Habana. Dume, cuidará en la dirección, celosamente mantener las excelencias de la obra de Ferrer.

Ilustraciones de Fornés

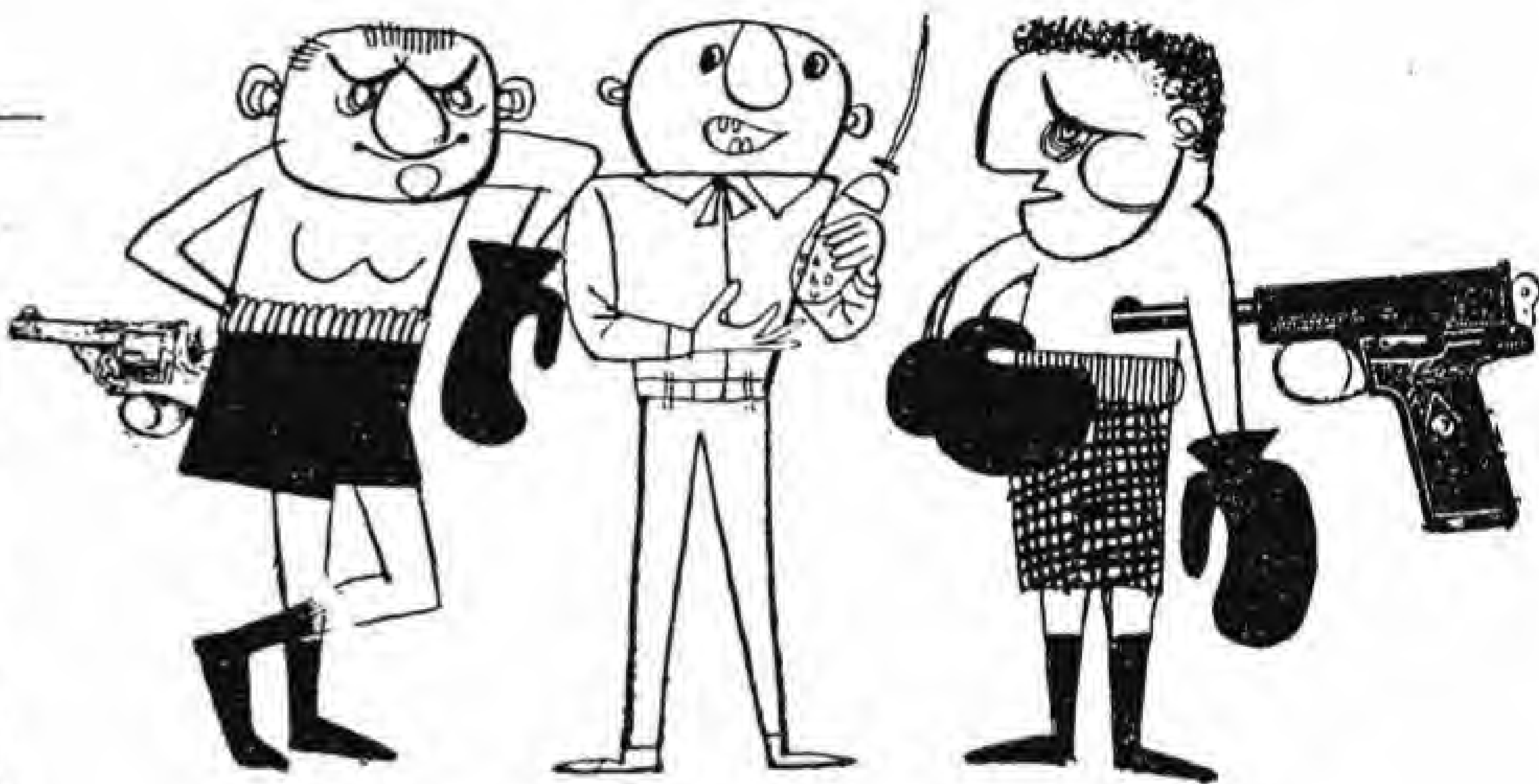
R





AHORA QUE TODO EL MUNDO HABLA DE PELOTA...





dibujos de luis alonso









